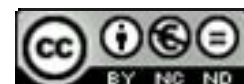


EL ESPIGADO

Una novellita vaga

Miguel Espigado
2007



I

Miguel decidió ser Espigado. Cuando uno se marcha a otra ciudad, abre la maleta y elige lo que necesita y de lo que puede prescindir. Si, por ejemplo, va a tener novia – la misma novia-, si va a dejar de ser un vago, si va a dejar de beber, si va a dejar de enloquecer, si va a dejar de escribir, si todo seguirá como siempre. No somos indivisibles. Somos despedazables. Y cada una de nuestras partículas- o de nuestras circunstancias, siguiendo a Ortega- es tan prescindible como cualquier otra, siempre que no se prescinda de todas a la vez, en cuyo caso, llegaría la muerte. A través de estas y otras metáforas similares (viajar, mudar la piel, etc) Miguel llegó a la conclusión de que alguien en pleno uso de sus facultades abre la maleta y elige qué circunstancias mantiene y qué huecos deja para nuevas circunstancias. Por todo ello decidió llamarme Espigado ¿O quizás no?

La triste verdad es que nadie en su sano juicio diría estar en pleno uso de sus facultades, y nadie en pleno uso de sus facultades se consideraría en su sano juicio. En resumen, nadie que se sabe loco (es decir, nadie cuerdo) mantiene la absurda creencia de que puede controlar su vida tatuando Espigado en la boca de todos, cuando es sabido que los diminutos doppelgänger de los que uno trata de librarse siempre esperan ávidos en la estación de llegada. Si tenemos en cuenta que Espigado es el nombre que le puso su padre cuando contrató la primera línea de Internet y configuró las cuentas de correo de la familia, que Espigado es su hogar de trigo, sus huesos, sus músculos (todo él espigado), se comprende por qué al primero que preguntó su nombre en este nuevo lugar en el que vive y que es Granada, le respondiera: Espigado, llámame Espigado. Y desde entonces, nadie le llamó de otra manera. La triste verdad es que el doppelgänger Espigado había respondido por él.

Quiero ahora recordar el día en que Espigado decidió explicar a Mariló toda esta nueva metafísica. Mariló, que ya compartía cama con Espigado antes de llegar a Granada, era la única persona en cientos de kilómetros a la redonda que podía utilizar ese otro nombre viejo e inservible que era Miguel. Espigado pensó en estas y otras cosas durante toda la noche, con la mirada clavada en la oscuridad y Mariló convertida en piedra a escasos centímetros de él. De vez en cuando se levantaba al salón y encendía un cigarro, escribía unas notas, volvía a la cama. Así hasta que sonó el despertador y se levantó sin haber dormido, pero también sin haber despertado. La mañana era una colina encaramada hacia las telarañas del cielo, y él haciéndose pequeño, corriendo calle arriba con el corazón ahogado en nicotina,

hasta llegar a la facultad. Cuando volvió a casa le propuso a Mariló salir a comer fuera

- Debes tener en cuenta que cuando tú duermes yo sigo viviendo. Y a veces me ocurren cosas- le dijo Espigado.

Se dirigieron al Paprika, un bar vegetariano al que habían ido alguna vez a tomar vino. Cruzaron la Gran Vía y subieron hasta una plaza dominada por un gigantesco arco que había servido de puerta a la ciudad mora. Son límites que casi nadie recuerda, pero el lugar aún conserva cierto aire fronterizo. Al otro lado del arco Elvira los hombres se vuelven perros, los perros se vuelven ciudadanos. Los moros, que en realidad nunca se fueron de Granada, limpian sus cuchillos sagrados a la puerta de las carnicerías. De los mil escalones que se pierden hacia el Albaycín, el Paprika sube siete y se encarama cinco metros sobre una minúscula plaza. Aquel día alguien había abandonado en ella una maraña de muebles suficientemente voluminosa como para llenar un camión. Eran todos viejos e inservibles; ni el más desesperado se los llevaría. Alguien había vaciado su vida, del baño a la cocina, y la había convertido en basura arrojándola a la calle. Paredes blancas. Punto cero. Un lugar perfecto para desacostumbrarse de lo cotidiano, para desprenderse de lo cotidiano que hay en nosotros, pensaba Espigado.

Llevaban diez minutos mirando la carta en silencio cuando Mariló pronunció la primera frase de película.

- ¿Se puede saber a qué viene esa sonrisa de loco?

- Verás- comenzó Espigado - Durante todos estos años he vivido tras un prisma de espejos cóncavos y cristales de colores y la realidad solo me interesaba en la medida en que pudiera convertirse en Miguel, entiendes. Todo lo que es bello, todo lo que significa, todo lo que importa, chocaba contra los espejos y atravesaba los cristales y cuando llegaba a mi interior ya solo tenía que ver conmigo, la vida ya solo me alcanzaba si era susceptible de transformarse en algo mío, algo que podía ser reordenado según mis propias leyes. La realidad ya solo era yo, entiendes.

- Más o menos.

- Acuérdate de la película Totsi. Totsi observa a la chica tras el móvil de alambres y cristalitos de colores, y Totsi pregunta "¿Cuánto cuesta este móvil?". "Cincuenta pavos" contesta la tía". "¿Cincuenta pavos?, yo solo veo cristales rotos", y ella "Tú ves cristales, yo veo luz y color reflejados en tu piel". Pues mi problema es que yo ya no veo a Totsi, sino la luz y el color, lo que es la percepción migueliana de Totsi que ya es toda mi percepción, y luego el hueco negro de cuando la percepción falla y no hay nada, no hay Totsi tras los cristales, Totsi verdadero. Si todo pasa por mi miguelidad, todo soy yo, entiendes...

- Tú no dormiste bien anoche- dijo Mariló.
- Dormí como el culo, me fui directo a los pensamientos de ultratumba ¡Pero esa no es la cuestión! Solo trato de hacerte entender que yo estaba atrapado...
- Muy bien. Y ahora que no quieres ser tú. ¿Qué vas a ser?
- Simplemente Espigado. Así es como yo me voy a ofrecer al mundo y así es como quiero que el mundo se ofrezca a mí, sin contornos que lo definan, una experiencia directa, que parte de cero y es limpia y nueva. Aquí se está hablando de construir una identidad al margen de lo que yo que he sido, porque...
- Sabes, cada vez que dices "yo" me sueltas un perdigonazo...
- ¡Ves! Esa saliva, estos excrementos de la comunicación que lo dejan todo perdido de mismidad y que a la vez solo son pura imitación, esa es la clase de cosas que quiero cambiar...Yo siempre he sido Miguel pero quizás sea mejor ser nada, un continente vacío, a lo mejor así puedo vivir al otro lado de la valla, dejando que las cosas penetren, sin prejuicios, una mirada limpia otra vez. Esto es, básicamente lo que necesito, Mariló.
- Bien- dijo Mariló, levantando su copa- en ese caso, por el nuevo Miguel.
- y por el viejo, descanse en paz. Y con este brindis quiero cerrar para siempre el capítulo de las quejas. A partir de ahora voy a ser un ser sonriente.
- Pues a ver si te dura- respondió Mariló- personalmente me gustaría que no estuvieras tan increíblemente zumbado, pero que le vamos a hacer. Gracias por la comida, Miguel.
- Espigado
- En fin, gracias... quien quiera que seas.

II

En aquellos primeros días Mariló y yo pasábamos muchas noches deambulando por Granada, sin puertas conocidas a las que llamar ni lugares familiares a los que acudir. Todo era nuevo, también nosotros. Trajinábamos sin descanso durante el día para rellenar el tremendo hueco abierto tras negar toda la rutina anterior de nuestras vidas, pero cuando llegaba la noche, cuando ya era deprimente seguir trabajando, había que salir a la calle y había que vivir. ¿Pero vivir de qué?. No de las personas, desde luego. Éstas se desvanecían como sombras y era imposible mirarlas a la cara, pues en el fondo no existían, solo existíamos nosotros dos y esa energía que iba de uno a otro hasta eliminar toda diferencia con el otro, hasta pensar dentro del otro, caminar en los pasos del otro, así que difícilmente puede hablarse del otro sino más bien de un monólogo a dos voces que nadie oía o solo oían las piedras, los muros. Había entonces que vivir. ¿Pero de qué?.

En lugares como Granada mucha gente vive de la calle, y cada esquina, cada plaza, pertenece a alguien. Por contra a las creencias del visitante civilizado, quien se las promete muy a gusto en semejante carnaval, los propietarios de las calles están dispuestos a verlos pasar, pero no a verlos detenerse. Verlos, por ejemplo, tomar un pedazo de pizza en las terrazas para turistas. No verlos, por ejemplo, tratando de colorear el aire de un color diferente, de introducir sonidos nuevos o explicaciones para cosas cuya explicación ya se zanjó mucho tiempo atrás. Por eso a los vagabundos, a los barrenderos, a las abuelas con niño, a los punkis y a los perros flauta, no les gusta la gente como nosotros, ni nuestras intenciones. Y nos soplaban detrás de las orejas hasta vernos marchar, siempre expulsados, obligados al constante movimiento.

Quedaban pues los lugares que, por una u otra razón, se consideraban neutros y nadie podía reclamar. Lugares como los grandes almacenes, simétricos a los de cualquier otra ciudad. O lugares como el cine Madrigal, uno de esos donde las personas rara vez van acompañadas.

El cine Madrigal es el típico abuelo que nunca acaba de morirse. En un recodo de sus largas escalinatas, cubiertas por raídas alfombras de color burdeos sujetas con varillas de bronce, un viejo proyector observa a las gentes solitarias de camino a la única sala, un teatro al que alguien en los años cuarenta colocó una pantalla, hoy de color cigarrillo. Un único trabajador hace el oficio de taquillero, vendedor de palomitas, portero y acomodador, así que cuando acaba la sesión, no hay nadie para atestiguar si los espectadores han abandonado su butaca o bien han sido engullidos por las películas, si estos han salido por su propio pie de la sala oscura y

silenciosa, si han recorrido el suelo burdeos ante la fantasmal mirada del viejo proyector, como sonámbulos que despiertan en un lugar extraño, quién sabe si dentro de otro sueño. Engullido y transportado; exactamente así me sentía yo, la noche en que Mariló y yo nos colamos por primera vez en el cine Madrigal.

Era un día de diario, y cuando acabó la última sesión la calle estaba desierta y los edificios parecían venirse unos encima de otros, en un abrazo alentado por la intimidad. Estas horas intempestivas, concluí, no pertenecen a las personas sino a las cosas, a los muros, a las piedras y por tanto también a nosotros, a nuestra cosificación. Las calles, por fin, eran nuestras. Caminamos hasta al café botánico, ahora cerrado a cal y canto, en cuya entrada dormitaban molinillos de aspas polvorientas, indicando calma chicha en las calles de judería. El café, supuse, toma nombre del jardín adyacente, ese jardín de robustas rejas de metal verdoso, habitado por árboles y plantas exóticas, pero sin puertas. Ahora sabemos muchas cosas. Sabemos que el jardín es accesible desde la facultad de derecho. Pero entonces, aquella noche, no lo sabíamos. Y aquel jardín era un jardín cerrado, tan extraño como una casa sin puertas y no menos extraño que una nevera sin puertas o un coche sin puertas. Cuesta trabajo dar cuenta de nuestra alarma creciente conforme íbamos rodeando el jardín, pero se parece un poco a la que dejan los objetos imposibles de Duchamp y otros vanguardistas, al pasear por sus exposiciones e inevitablemente tratar de buscar sentido al objeto pero imposible porque el sentido es que carece de sentido, es la denuncia sin sentido de lo cotidiano. Y para más inri, en los barrotes más gruesos alguien había pegado poemas: el jardín de Duchamp empapelado de poemas y yo deteniéndome para leerlos, aunque en realidad no me interesaba lo que allí había escrito sino constatar que efectivamente era poesía, y efectivamente estaba allí, de forma inverosímil, sin explicación posible.

- ¿Has visto que alguien ha empapelado los barrotes con poemas?- pregunto a Mariló.

- He visto que me quiero ir a casa- responde Mariló- ¿Lo tenemos que ver *ahora*?

Yo trato de vislumbrar algo en la oscuridad del parque, acercándome hasta quedar encajado entre los barrotes. Detengo mi aliento, en busca de algún sonido. Imagino los cientos, miles de pájaros dumiendo sus sueños salvajes en las copas de las palmeras, y observándonos.

- ¿Imaginas al poeta que vive ahí dentro?- pregunto.

- No imagino nada- dice Mariló - ¿Tú sabes el dolor de cabeza que tengo?.

- Bueno, pero trata de imaginártelo.

- Y qué quieres que me imagine, Espigado, si es que no quiero imaginar nada. Qué pesadito te pones hijo, de verdad.

- ¡Bueno!- digo, apartándome de la valla y mirándola a los ojos- pero ahora *imagina* que hay un poeta bailando ahí dentro. Un poeta que vive en el parque y cuelga sus poemas como cuadros. ¡Escucha!

(Saltito al muro de piedra del que nacen las lanzas.)

- ¡Pero qué quieres que escuche! ¡Te quieres bajar de ahí!

- ¡Calla!- ordeno- ¡Es el poeta!

Trepa por los barrotes, hasta un lugar donde se interrumpe el enrejado y hay un gran jarrón ornamental, que rodeo con mucho cuidado, hasta saltar dentro.

- ¡Pero qué coño haces!- susurra Mariló.

- ¡Salta!

- ¡No grites joder!

- ¡Salta!- grito.

- ¡No tiene ni puta gracia, Miguel!

- ¡Espigado, soy Espigado!

- ¿Ah, sí? ¡Que te den por culo!

- ¡SALTAAA!

- ¡Dios, CÁLLATE!- grita Mariló.

(Saltito al muro de piedra, sortear el jarrón ornamental, saltito al otro lado.)

Ahora que la trato de abrazar, que trato de minimizar sus movimientos con actitud de cacería, que oteo las penumbras exóticas de las grandes y pulposas hojas tropicales, y los arcos de arbusto por donde se cuelan los senderos de Alicia, ahora que oteo las copas de los árboles, susurrando...

- Un poeta no ha de esconderse en un lugar cualquiera. Su escondite ha de ser extremo...como el fondo de un agujero, o la copa de un árbol...

En ese momento, en ese momento mío de Espigado, Mariló ODIÓ a Espigado. Todo lo que sabe de Espigado y todo lo que desconoce de Espigado. Todos los sueños de Espigado. Todo lo bueno de Espigado. Entonces se oye un golpe seco a escasos metros de ellos, y un trote vertiginoso, que se agota en la oscuridad.

- ¡Has oído eso!- exclamo.

- ¡Era un gato, joder!- dice Mariló- ha tirado una maceta.

- Ya sé que era un gato... pero ¿Y si el gato es el poeta?

Miro a Mariló. Y ella me mira a mí. Ambos miramos la maceta. El silencio nos envuelve. Los pájaros, los ojos furtivos que se esconden tras las palmeras y que en realidad no existen, nos miran a ambos.

- Un gato- digo, volviendo a lo que es cierto.

- Un gato- dice Mariló- un puto gato.

Aquella noche, de camino a casa, ni Mariló ni yo nos sentimos con fuerzas suficientes como para empezar una conversación. El piso nos recibió silencioso. La cama, fría. Ambos pasábamos las páginas de nuestros libros, sin tratar de tocarnos bajo las mantas.

- Sabes- dijo de pronto Mariló- creo que deberíamos volver mañana.

- ¿Ah sí?

- Sí. Deberíamos volver.

- No te entiendo. Para qué.

- Bueno, a lo mejor el poeta vive cerca. Si le dejamos una nota quizás la responda. Una nota al lado de los poemas.

- No sé- dije yo- parece que llevan allí mucho tiempo. A lo mejor el poeta ya se ha ido de la ciudad.

- Sí, quizás tengas razón- bostezó Mariló, apagando su lamparilla.

Al otro lado del cristal, el gato recorría el alféizar, acariciando su lomo contra las macetas.

III

Sigo con la historia de los primeros meses en Granada, cuando la canica del tiempo se deslizaba, digamos, hacia abajo y al suroeste. Hoy terminaron definitivamente los días de submarino. La ciudad ha emergido de las aguas congeladas. El sol ha deshecho el casquete polar. Las olas del desierto vuelven a azotar los barrios periféricos. ¿Pero puede alguien explicar fielmente el día durante la noche? ¿Puede alguien imaginar el frío intenso cuando su sudor empapa una cama sin sábanas? El verano vuelve improbable el invierno. El invierno vuelve al calor imposible. Por eso, el invierno y el verano nunca se acaban, no al menos en esta región del mundo, hasta que lo anterior deja de existir como posibilidad y ya es verano para siempre o ya es invierno para siempre, y uno no puede recordar lo contrario sino como un mito de los tiempos remotos, más allá de la historia, cuando todo es legendario. También lo fueron nuestras vidas, o el invierno de nuestras vidas, en Granada.

Otros pasaban por lo mismo. En las conversaciones entre clase y clase, se oían las historias de cómo cada cual sobrevivía a los pisos sin calefacción, con ventanas que temblaban y cedían al viento de las montañas. Apurábamos los cigarrillos a toda prisa y luego nos marchábamos cuanto antes, cada cual por su camino. Las bufandas tapando las bocas. Los gorros, las orejas. Los guantes, las manos. Sin posibilidad de comunicación o de contacto, tendíamos a disgregarnos, siempre de camino, en busca de la siguiente fuente de calor.

Como la ciudad había comenzado a sumergirse, nuestra casa cada vez se parecía más a un submarino. Dejamos de abrir las ventanas. Cuatro potentes ventiladores hacía pasar el aire del exterior por conductos que recorrían las paredes, produciendo toda clase de zumbidos y chirridos que más bien recordaban al estertor de una monumental sala de calderas, aunque al final sólo un ridículo soplido emergiera de las rendijas del aire acondicionado. Como era imposible calentar toda la casa, como la única posibilidad de calor era permanecer bajo uno de esos chorritos de aire templado, cuyo efecto se disipaba no más se apagaba el aparato, cerrábamos todas las puertas de las habitaciones a nuestro paso. Para dar una pequeña vuelta, por ejemplo, abríamos la puerta del salón, salíamos al pasillo y la cerrábamos a nuestras espaldas. Corríamos por el pasillo hasta abrir la puerta del baño que cerrábamos detrás nuestro. Volvíamos a abrirla para salir y luego volvíamos a cerrarla. Corríamos por el pasillo, abríamos la puerta de la cocina y la cerrábamos una vez estuviéramos dentro. Volvíamos a abrirla y volvíamos a cerrarla y correteábamos por el pasillo hasta abrir la puerta del salón, entrar dentro y volverla a cerrar. El resultado fue una manía insólita a las puertas y la costumbre

de permanecer en el salón el mayor tiempo posible, acumulando líquidos y alimentos a mano y poniendo a prueba nuestras vejigas.

Durante aquellos encierros se hacía común percibir los rastros aún visibles de los antiguos habitantes de la casa. La mirada, obligada a reconcentrarse en una parcela tan pequeña, recaía en detalles que normalmente hubieran pasado desapercibidos. Como las alcayatas y los clavos, la diferencia en el tono de la pintura que habían dejado tras de sí los cuadros ausentes. A lo peor el cuadro seguía allí, o al menos, una versión fantasmal del cuadro, como el muerto que al desaparecer deja marcada en las paredes la silueta de su rostro. Había también objetos extraviados que iban apareciendo esporádicamente detrás de un mueble o en el fondo de un armario, fruto no de una, sino de las experiencias superpuestas de todos los inquilinos anteriores. El más importante de todos era algo más que un objeto y nos había sido legado expresamente por el último inquilino, quién, según nos aseguró, lo había heredado del anterior. Se trataba de un bonsái. Y como no supimos hasta mucho después: de un bonsái maldito.

El bonsái ya estaba allí y, por lo tanto, se trataba de una fatalidad, algo que nos esperaba sin que pudiéramos decidir al respecto, y en ese sentido, algo que tenía que pasar. Pero sí recuerdo una conversación en que traté de convencer a Mariló de que el micro árbol tenía que morir. Todos los habitantes anteriores de la casa tenían que morir; sus cuadros guardados en el trastero; sus libros abandonados, ocultos en los bajos del dormitorio; sus pelos, escamas y demás polvo orgánico, barrido por la terraza para que el viento lo disipara definitivamente. En las casas submarino- reflexioné- el aire es muy codiciado, y no puede ser compartido con fantasmas.

Mariló estuvo de acuerdo pero dejó otro problema al descubierto. ¿Cómo destruir una forma de vida? El bonsái tenía diminutas hojas verdes y marrones, pequeñas ramas rugosas recubiertas de musgo. Era bello, fresco, estaba vivo, y nos reclamaba como un gatito abandonado en un porche. No era fácil tirarlo a la basura sin más.

- No haremos nada- respondí- lo esconderemos y nos olvidaremos de él. No creo que nos resulte tan difícil. Al fin y al cabo, somos occidentales.

- De ninguna manera- dijo Mariló, tomando la maceta del bonsái y colocándolo en la mesa del salón, justo en el centro de nuestras miradas. No discutimos más.

La vida de submarino se volvía cada vez más austera e introvertida, y yo tenía la sensación de que las cosas del piso habían comenzado a desencajarse. Las puertas ya no encajaban en sus jambas. Los rodapiés se desprendían de las paredes, el parquet se abombaba. La silicona de las ventanas se pudría y dejaba al descubierto

el cristal agujereado. El frío estaba destruyendo la carcasa, y pronto nos ahogaríamos todos, le decía a Mariló. Ella, en cambio, había encontrado en el cuidado del bonsái una fuente de tranquilidad y nada parecía afectarle. Compró abono especial y una maceta de bronce, y solía humidificarlo cada pocos minutos con un pulverizador. Había elaborado, además, un horario con los lugares de la casa donde el sol incidía según la hora, y se dedicaba a transportar la plantita de un cuadro de luz a otro. Creo que las pocas veces que salíamos de paseo ella seguía pensando en el bonsái, hablando para el bonsái aunque fuera yo quien la escuchara. Como si ambos hubieran encontrado un lenguaje común, y ese lenguaje fuera el tiempo.

Ciertos cambios, ciertos rasgos casi imperceptibles, se adueñaban de Mariló, sin lugar a dudas como consecuencia de su estrecha relación con el bonsái. Observé, por ejemplo, su afición a quedarse sentada en los cuadros de sol que se dibujaban a distintas horas en nuestro parquet, con cierta voracidad, con una actitud, digamos, nutritiva. Solía quedarse quieta, y sus silencios, cada vez más prolongados, hacían que las pocas palabras emitidas no encontraran saliva y sonaran broncas, como si en vez de deslizarse por una garganta se deslizara por una grieta de la tierra o por una raíz muerta. Sí, en efecto. Mariló se estaba convirtiendo en una planta.

Muchas noches de insomnio me preguntaba si alguna vez terminaría esa rutina de submarino. Si no quedaríamos atrapados definitivamente en ese mismo aire, envasados al vacío como productos perecederos, si alguna vez todo afloraría a la superficie. Y también me preguntaba cómo lograríamos sobrevivir si eso sucediera, si por adicción a los límites, a la oscuridad y a las paredes, no nos perderíamos como canicas por la planicie, donde uno nunca sabe en qué dirección corre el agua. Pero de momento el invierno duraba para siempre, y la única manera de dar un vuelco a los acontecimientos era destruir definitivamente el bonsái, algo relativamente sencillo durante aquellas horas en las que Mariló dormía y yo paseaba por el salón dando largos tiros al cigarrillo, caminando en vueltas concéntricas alrededor del bonsái, hasta que mi boca, la boca de un gigante, quedaba a escasos milímetros del arbolito y el humo de mi cigarrillo se colaba como la niebla entre sus ramas, agitadas por mi aliento. Eran los dedos de un dios los que acariciaba su piel rugosa y, sin embargo, carecían de la fuerza suficiente para arrancarlo de cuajo. Mariló había abandonado el cuidado de sí misma y solo vivía para fabricar la primavera alrededor de un arbolito. Nada aseguraba que su destrucción no la arrastrara también a ella.

Pero el tiempo, hasta el tiempo homérico de los grandes mitos, tiene un final. Todo lo que dura, incluso lo que dura eternamente, termina un día. Todo comienza un

día. Hasta los siglos, hasta los milenios, comienzan un día. Puede que lo que venga después nos arranque las lágrimas y se nos anude al corazón, pero uno no puede dejar de sentir cierto alivio cuando algo termina. Porque frente a la incertidumbre de lo siguiente, queda la certeza de lo que ya ha terminado. De lo que ya no puede volver a suceder, aunque pueda repetirse y volver a repetirse.

Aquel día hubo un gran apagón. Nuestros aparatos eléctricos dejaron de funcionar y conforme pasaron las horas la temperatura descendió muchísimo. El silencio era total. Podía ver a Mariló sentada en una silla observando el paisaje nocturno por la ventana. Su rostro de madera se hallaba petrificado en una expresión que solo significaba tiempo, paso de los días.

- Ven a la cama- le dije- te vas a morir de frío.

Mariló no parecía oírme. Solo se balanceó ligeramente. Yo me levanté con una manta y la puse sobre sus hombros.

- Vamos, cariño, vamos a la cama.

La levanté con cuidado y la fui llevando hasta meterla bajo las sábanas. Solo veía su rostro en blanco y negro, en el ambiente lunar de la casa sin luz eléctrica. Nadie sobrevivirá a este frío, pensé, nadie puede sobrevivir en el punto geométrico del cero absoluto. Ni siquiera un bonsái maldito. Solo había que esperar un poco más y las puertas comenzarían a abrirse por sí solas. La brisa del exterior entraría por las grietas del submarino y limpiaría los humores de la casa. El verano para siempre estaba al caer. Solo hay que dormir, y despertar a la mañana siguiente. A veces con eso es suficiente, mucho más a menudo de lo que creemos.

IV

No solo hubo bonsáis en los últimos días del invierno. No, desde luego, si tenemos en cuenta que en el juego de las palabras, cada verdad conoce a una perfecta sustituta. No quiero decir que miento, pero mentiría si dijera lo contrario. Otras verdades esperan su turno para emborronarlo todo, pues la vida es un burruño difícilmente desentrañable, y no hay peor enemigo de la verdad que el hilo que une los puntos de una historia. Como si la vida fuera una historia y no miles, cientos de miles, cientos de miles de millones de historias que nos ocurren a la vez y cada momento. Eso, claro, si uno no se pone a ver la tele.

Pero yo no veía la tele. Yo me había propuesto ser Espigado y Espigado significaba tener un ojo en cada hombro, cubriendo todos los flancos. Salir a la calle y mirar las cosas, pero ¿Qué mirar exactamente? Un hombre que nace en un museo, crece en un museo, y un buen día abandona el museo, no sabe nada de la espontaneidad. No sabe que las cosas no significan nada, sino que trata de buscar un sentido oculto en cada cosa y entonces emprende sin saberlo el camino de retorno al museo, que ya no tiene paredes y es tan grande como la vida. Espigado, en cambio, no tenía cabeza y los nervios de sus ojos se le clavaban directamente en el cuerpo, de manera que era la imagen de cada momento la que determinaba la acción y no había necesidad de interpretación alguna, y mucho menos de un cerebro. Sin embargo, no es tan fácil librarse de un órgano al que habitualmente se concede tanta importancia, no, al menos, sin la ayuda de alguien, aunque eso vino después. Antes tengo que volver al momento en que yo salía a la calle, y perdía en la batalla de ser Espigado.

Hay en Granada la costumbre de forrar con millares de anuncios caseros las paredes, las columnas, las cabinas, los cristales y cualquier otra superficie de la calle donde pueda adherirse un pedazo de celo. Luego llueve y la tinta impresa se queda estampada como una calcomanía, y de ahí que en unos años los bajos de los edificios se hayan convertido en un gigantesco tomo de ofertas de ayer y oportunidades perdidas. Ciertamente, los anunciantes saben que la población pasa más tiempo en las calles en el salón de casa, y por tanto es más posible que un granadino se lea una pared a que se lea un periódico. Lo sabía el poeta del jardín de Duchamp, y lo sabían otros. Lo sabía, desde luego, la persona que había colgado el siguiente cartel:

“Estimado estudiante

Necesitas ayuda para comprender la realidad latinoamericana? Necesitas comprender mejor el caos que te rodea?, te invito a reunirnos y discutir estos

contenidos para perfeccionar tus conocimientos y tu comprensión del mundo, soy antropólogo profesional latino y tengo conocimientos en sociología, antropología sociocultural y geopolítica, si estás interesado solo llámame al 958245066 o escribe al mail: alejodes@yahoo.es. Solo cuatro euros la hora. (Negociables).

O este otro:

¿Hace cuánto no invitas a tu pareja a cenar?

Antes salías más, pero con los niños ya se sabe

Se llega del trabajo y no se tiene tiempo para nada.

Sal e invita a tu pareja a cenar

Dile/la que la quieres y brinda por vuestro amor

Esas cosas que hacías antes y que tanto hechas de menos

Ahora puedes volver a hacerlas

Soy niñera y tengo mucha experiencia con todo tipo de niños

¡Déjame a tus niños! Soy una niñera muy barata.

También sé coser y organizar cumpleaños.

656733714. Solo tardes.

Yo había cogido la costumbre de apropiarme de los anuncios más raros y luego los ensartaba en un corcho como si fueran insectos. Nada peor para el hombre del museo que el coleccionismo, para quien el aleteo de una mariposa nunca es tan excitante como su clasificación. Pero gracias a esa fiebre conocía a Kimi, y sin él, jamás hubiera pasado del texto a la acción. Ocurrió, como es lógico, por culpa de otro anuncio:

PULSERA PERDIDA

MUY IMPORTANTE PARA MÍ

DE GRAN VALOR SENTIMENTAL

LLÁMAME SI LA ENCUENTRAS, POR FAVOR

638273944

Me disponía a despegarlo cuando la nariz de Kimi apareció justo por encima de mi hombro. Inmediatamente me resultó conocida, aunque no este mundo sino algo más parecido a un deyaví, a un desdoblamiento de otra nariz o narices que yo había visto crecer y transformarse a lo largo de los años. Observé que su mano sostenía otros cuatro o cinco carteles iguales, que, según me explicó, había ido

arrancando pared por pared. Con qué motivo, le pregunté. Pues para recuperar la pulsera, respondió, evidentemente para recuperar la pulsera, para qué si no.

- Puedes acompañarme- dijo, robándome el cartel.

Pronto descubrí que Kimi tenía muy clara la dirección en la que dirigirse. Cruzamos San Juan y nos perdimos por las calles del centro histórico, encontrando a cada escasos metros el anuncio de la pulsera. Le pregunté cuánto tiempo llevaba en la ciudad. Unos meses, respondió. Él no era de allí, pero tampoco era de muy lejos. Había ido dando tumbos, había pasado alguna temporada en el extranjero. ¿Haciendo qué? Indefinido, vacío total, respondió. Solo tenía la sensación de no haber estado, la sensación de ausencia, como si ahora que estaba en el hogar, que más que un sitio era algo así como un elemento, puntualizó, como el fuego o la madera, fuera incapaz de recordar nada más que la ausencia, el blanco vacío, el lugar no visitado, y no todas las cosas, tantas cosas que le debían haber pasado en los lugares a donde fue. Pero entonces ¿Vivías aquí? No, repitió, llegué hace solo unos meses.

La travesía terminó en el cruce de Recogidas con Reyes Católicos, cuando Kimi arrancó el último cartel de la puerta de una casa sin timbre, cuyo aspecto desastrado contrastaba con la apariencia cosmopolita del cruce, de donde partían grandes avenidas iluminadas por elegantes comercios, y los anuncios de los cines y los teatros parpadeaban en lo alto de los edificios. Era quizás el único lugar de Granada donde podía respirarse ese ambiente de gran ciudad, y, sin embargo, su belleza resultaba tan aleatoria como en el resto, fruto de la casualidad y sin ninguna planificación, igual que las calles inverosímiles del Albaycín o el paisaje de tejados irregulares que se observaba desde la terraza de mi casa. El azar siempre se ha portado bien con Granada.

- Es aquí- dijo Kimi, arrancando el último cartel- quien quiera que sea, aquí vive.

La puerta estaba abierta y el piso no tenía ascensor, así que subimos dos plantas a pie hasta dar de frente con una única puerta, que alguien había adornado con estrellas hechas de papel para envolver bocadillos, aunque algunas se habían caído, dejando una mancha de cola amarillenta. Llamamos un par de veces, pero no hubo respuesta.

- ¡Venimos por la pulsera!- gritó Kimi.

Instantes después nos dio paso una chica con aspecto de mujer. No nos dio la mano y nosotros tampoco se la dimos a ella. ¿Qué sentido tenían las formas? ¿Era esto una situación coloquial? ¿Una situación amistosa? ¿Una situación de trabajo? Sea como fuere pasamos al salón y nos sentamos en un sofá con una mesilla enfrente. Ella se quedó frente a nosotros, y durante un momento nadie dijo nada.

- Bonito piso- dije al fin, aunque a decir verdad, solo quería oír mi voz en aquel lugar, para asegurarme de que podía hacerlo, y no era uno de esos sueños donde las zapatillas comienzan a resbalar en el piso cuando los malos te persiguen. La chica mujer se había quedado de pie frente a nosotros, y prefirió no contestar. Luego tomó una silla de la mesa comedor y la situó en medio de ninguna parte, a una distancia inverosímil del sofá, pero en vez de sentarse se quedó agarrada al respaldo. Solo quedaba observar la decoración, típica de los pisos baratos de alquiler, con cuadros de escenas de caza y los muebles reciclados del cubo de la basura. Quien quiera que hubiera tratado de disimularlo con póster y trastos de mercadillo, había desistido pronto.

- Lo mejor es el balcón- dijo la chica mujer- ¿Has encontrado algo?

- Hemos seguido el rastro pero no hemos encontrado nada- dijo Kimi.

¿A qué rastro te refieres? Preguntó la chica mujer. Al rastro de los carteles, respondió Kimi. (Qué rastro, qué búsqueda me preguntaba yo, que, desde luego, no había buscado nada sino que me había limitado a seguir a Kimi, quien, a su vez, lo único que buscó fueron los carteles para irlos arrancando minuciosamente)

- El rastro de los carteles no significa nada- dijo la chica mujer- los puse volviendo a mi casa desde el trabajo.

O sea que trabaja, dije yo. Sí, trabajo, pero la pulsera puede estar en cualquier parte de la ciudad. Interesante, dijo Kimi, cualquier parte es cualquier parte, de una punta a otra. Pero eso es imposible, dije yo, nadie puede estar en toda la ciudad, ni siquiera una docena de personas pueden estar por toda la ciudad, sino que cada cual se limita a unos sitios, unas calles, unos barrios. A menos que se refiera, claro, a que la pulsera puede estar en movimiento, es decir, que la pulsera se traslada en la muñeca de un desconocido en cuyo caso sí podría estar en cualquier parte. No, la pulsera tiene que estar en el suelo, dijo ella. ¿Y cómo puedes estar tan segura? Porque la vida no me puede hacer esta putada, respondió, con un tono que no convenció a nadie, ni siquiera a ella misma. Otra vez se hizo el silencio.

- ¿En qué trabajas?- pregunté al fin.

Mejor hablamos en la terraza, dijo la chica mujer, desde allí las vistas son bonitas, aunque hay mucho tráfico, ruido a todas horas. En efecto, era bonito.

- Diseño ropa para niños- dijo ella.

- ¿Qué clase de ropa?- pregunté.

Entonces la chica mujer salió del salón y volvió con unas prendas. Una camiseta pequeña. Un babero. Unos pantaloncitos. Todos tenían el mismo dibujo; una niña de cabeza de redondel, dos puntos por ojos, otro redondel por boca. Interesante, dijo Kimi, aunque a mí no me parecía interesante, sino tremendamente triste,

quizás por la forma en que la chica agarraba la ropita, como se agarran unos pantalones sucios tirados en el suelo. Según nos contó, se iba a veces con las ferias de artesanía. Le llevaba una eternidad hacer cada prenda, pero la gente no estaba dispuesta a pagar lo que valen las cosas, prefieren ropa hecha en China ¿Pero qué podía hacer ella? Hacer y seguir haciendo. Esa era su vocación. Otros no tenían ninguna, como esa gente que compra ropa hecha en China. Si esos tuvieran vocación entenderían su trabajo y la comprarían, reflexionó.

Los tres mirábamos desde la barandilla del balcón el escenario cosmopolita. El cielo se iba desprendiendo de los últimos tonos azules, y las montañas lejanas iban desapareciendo tras la luz de las farolas.

- ¿Y cómo era la pulsera?- preguntó Kimi.

- ¿La pulsera?- dijo ella, sin dejar de mirar al horizonte- pues de cualquier clase.

- De oro... de plata...

- Es lo mismo- dijo ella- es indistinto.

- Pero para encontrar la pulsera deberíamos saberlo- dije yo.

- Oh, cualquier pulsera me vale- respondió la chica mujer- cualquiera que hubieras encontrado me hubiera valido. Siempre que tuviera un valor, claro. A ser preferible oro, pero también la plata se puede cambiar por dinero, aunque ahora dan poco por la plata. Creo que al final no ha resultado tan buena idea, ¿no crees?

El frío era intenso. En las anchas avenidas, el tráfico no dejaba de fluir, y las elegantes multitudes fluían y se apelotonaban frente a los pasos de cebra. Si algo se sabía es que jamás volveríamos a hablar, ni a estar juntos y eso le daba al momento una sinceridad brutal, y también un desprecio, si se me permite decirlo, liberador. Ella se había desnudado ante nuestros ojos, abriendo la puerta de su casa, y ahora la chica había desaparecido y solo quedaba la mujer disfrazada de chica, el arlequín a medio desmaquillar que se mira al espejo y no sabe cuál es su disfraz, si el que se está quitando o el que se está poniendo. Era tremendamente triste, y no había nada más que se pudiera hacer o decir.

Kimi y yo dejamos a la mujer sumida en sus pensamientos y nos deslizamos hasta la puerta, bajamos las escaleras, salimos a la calle. Kimi se fue por su lado. Yo, por el mío. Cuando llevaba andados unos cuantos metros, me giré para contemplar el panorama. Todavía podía distinguir el balcón donde había estado hacía unos minutos, y a la chica mujer con su falda vaporosa y su jersey de lana morada. Creo que ella también me miraba a mí. Luego torcí la esquina, y desaparecí para siempre.

V

Huecos. Noches más tarde, parapetado tras una manta en el sofá de mi casa submarino, solo podía pensar en Kimi y en su forma de pensar el viaje como una ausencia, un vacío que queda detrás de nosotros. ¿Y qué habrá sido de tus vacíos, Espigado, de todos los huecos que han quedado tras tu paso? Esos huecos que jamás volvería a llenar una sola persona pero sí decenas, quizás cientos de ellas, y algunos ninguna. ¿Eras sustituible? ¿Eras necesario? ¿Era necesario un corredor subiéndolo por los caminos hasta la colina, para observar el paisaje? ¿Sentía el paisaje esa necesidad de ser mirado cada día? ¿Sentía la llanura la necesidad de ser mirada cada día, desde ese punto de la colina y desde estos ojos? No, no la sentía. La llanura no es un ser, y todo lo demás es poesía, aunque hay necesidades más objetivas. La necesidad de que las personas nos necesiten. La necesidad de un hueco que se lo recuerde. Sin ese hueco, estás perdido.

Pregúntate entonces cuántos huecos te quedan y cuántos ya conocen a un sustituto. Algunos ya desaparecieron cuando todavía organizabas tu marcha, como el hueco en las escalinatas del Palacio de Anaya, donde por derecho solías sentarte hasta que el viento te arrastró con la demás hojarasca y otros más nuevos, casi recién sacados de sus envoltorios, ocuparon tu lugar. Y la piedra, donde el culo de un solo hombre jamás ha hecho mella, recibe a los siguientes culos, a la siguiente mano que le aplasta el pucho de un cigarrillo y luego pasa la página de un libro que nadie está leyendo, pues es más divertido espiar las conversaciones de los presidiarios recién salidos del talego que un día llegan y ya se quedan para siempre, sobrecogidos por la amplitud, tantas veces añorada desde la oscuridad de sus agujeros, de la gigantesca plaza y la gigantesca catedral que se erige ante las escalinatas. Los personajes siempre son los mismos aunque los actores cambian, y la obra se seguirá representando hasta que ya no queden presos ni espías en Salamanca.

Pregúntate entonces por el hueco de tu silla de director en el teatro del centro cultural Miraltormes, el hueco en las noches de poker en casa de Caño, el hueco de la cama de Mariló en el piso de Canalejas. Ya ni siquiera hay hueco porque nada de eso existe, como el hueco de una rueda que se desgasta hasta que ya no queda rueda, y ya no queda hueco. Hoy, otros le prestan su sangre a la silla del director, y las cuencas de tus ojos son ocupados por otros ojos que miran otras obras. En casa de Caño, los naipes han dejado de volar sobre el tapete verde. Cada jugador se marchó por su camino. La suma de todos sus huecos deshizo el círculo. La experiencia se ha disgregado y nunca volverán a alinearse las mismas circunstancias. Nunca, desde esos puentes, volverán a cruzarse los mismos ríos, ni

se llegará a las mismas orillas. Nadie follará, amará y beberá de la misma manera, no, al menos, en la cama de Mariló. Nuestra energía potencial ha sido trasladada y ahora afecta a otros nodos, y nunca de la misma manera. Todo un orden de probabilidades ha caído.

Otros huecos, en cambio, te necesitaban más a ti que tú a ellos. Lo inerte te necesitaba para transformarse. Sin ti, su tiempo se ha detenido. Como el hueco en el asiento de tu viejo Volvo. Ahora es una máquina muerta, pero antes viajabais sin cesar por carreteras secundarias, del pueblo a la ciudad, de la ciudad a la montaña, surcando los parajes pobres y olvidados de Castilla, su naturaleza de piedra y sus brumas invernales. Era un hueco fugaz, rutilante, no un hueco polvoriento en el fondo de un garaje. No ese hueco para dentro que ya no suda gasolina, sino el hueco que viajaba por las carreteras y que igual que el resto de huecos te fue usurpado, rellenado, suplantado, cegado, anulado, recompletado, reconvertido, reformulado, desaparecido.

Y no se te ocurra ni pensar en el hueco de la muchedumbre, donde todos los gatos son pardos y todos los gatos son gatos, y son intercambiables. En los garitos se habla de la vieja guardia ¿Y quiénes son esos? Huecos y más huecos en un rincón de la barra, al mando de un futbolín, junto a la ventana. El agua llega hasta el último rincón de la playa y borra todos los huecos que dejaron en la arena los cuerpos tumbados al sol. Nuevas civilizaciones solo esperan a que baje la marea para suplantarse a las anteriores, y esa es la gran tragedia. Que el mundo, tu mundo, no vaya quedando vacío tras tu paso, pues no es posible repartir placas ni pequeños pedestales por todos los huecos que sabes que te pertenecen. Sin huecos que recuerden tu ausencia, solo hay una Tierra Santa; aquella que se encuentra justo debajo de tus pies.

Huecos, huecos, huecos. Eso fue lo primero que sintió el hombre; un hueco en la boca del estómago. Era el hueco, y no él, quien tenía hambre y pedía de comer. Eso es de lo que te dota la vida, de huecos en los que se te permite quedarte, crecer y envejecer, hasta que ya no te quede más que el hueco final, el fondo del hoyo, la puta tumba, alquilada a perpetuidad hasta que todo tú seas un hueco, el no lugar de la completa inexistencia.

VI

Es curioso como la vida, cuando te hallas enrocado en las más funestas conclusiones sobre su devenir y su sentido, se empeña en demostrarte lo gilipollas que eres. Pronto lo supe; la noche de los huecos había alumbrado una obsesión. Oscuras certezas sobre mi misión en el mundo repiqueteaban en mi cabeza varias veces al día. La obsesión, siempre a salvo de la verdad y la inteligencia, había resquebrajado mi felicidad o, al menos, esa clase de superficialidad que impide cualquier filtración seria de humedades, humores cancerosos que enfangan las paredes de nuestro cerebro y dan lucidez tuberculosa a nuestros pensamientos.

¿Y mi felicidad? La filarmónica tocaba música y uno hasta podía dejar de oír a la filarmónica y oír solo la música de la filarmónica, hasta que el violín solista comenzó a fallar y la ilusión de que la música existía por sí misma se disolvió por completo y uno ya solo podía pensar en la filarmónica, en los errores de la filarmónica, en los errores de las vidas de los miembros de la filarmónica, e incluso en los errores de los padres de los miembros de la filarmónica. Poco importa definir qué clase de obsesión lanzaba cada pocas horas su nota desafinada, todas son de la misma manera. La obsesión engaña a los sentidos con su apariencia de verdad y lo real se embosca tras lo irreal; realidad e imaginación pierden sus rasgos distintivos. Así que decir que yo me sentía poco menos que condenado al ostracismo, ausente de todos los lugares donde fui alguna vez necesario, ya ausentes de la faz de la tierra hasta los propios lugares, y yo, sin lugares a los que volver, por ende innecesario, no es más que perder el tiempo. Decir obsesión es decir más. O es decir, al menos, lo más preciso que se me ocurre.

Afortunadamente, la vida (esa que te demuestra lo gilipollas que eres) a veces golpea con tanta fuerza que no hay castillos en el aire que lo resistan, y menos los castillos de la obsesión, siempre hechos de naipes sobre naipes. Baste decir que solo la realidad, en toda su crudeza, puede sacarte de la irrealidad. Aunque sea la realidad de otros. En este caso, la realidad de Mon.

Llevaba ya varias horas sentado en mi sillón, explorando los vericuetos más alucinantes de mi obsesión, cuando me decidí a llamar a Mon. Mon es mi amigo y es actor, y quizás con eso baste por el momento. Juntos habíamos hecho muchas cosas, pero luego él se volvió a Madrid, yo me vine a Granada y, en fin, toda la experiencia se había disgregado, aunque todavía nos llamábamos de vez en cuando (en realidad, nada se había disgregado, pero hay que recordar que yo por entonces vivía sumido en esa obsesión). Recuerdo que quería hacerle una gran pregunta, una pregunta sucia y pegajosa, sensiblera, desequilibrada. Me avergüenzo solo de recordarla.

- Mon, te tengo que hacer una gran pregunta- dije yo, nada más descolgar.
- Estoy en el autobús- dijo Mon- voy al Doce de Octubre.
- ¿Al hospital?
- Mi abuela- dijo Mon- no creen que pase de esta noche. Con suerte dicen que le quedan veinticuatro horas.
- Si necesitas algo, lo que sea. Ya sabes.
- No, no te preocupes- dijo Mon.

Y de pronto dije:

- Es que casualmente estoy en Madrid.
- ¿Qué?- dijo Mon?- ¿En Madrid? Vaya, cómo no me has avisado... ¿Podemos quedar entonces?
- ¡Claro!- dije yo- dame siete horas.
- ¿Siete horas?
- Sí- respondí- con siete será suficiente.

Poco más tarde, mientras mi autobús cubría los cuatrocientos cincuenta kilómetros que separan Granada de Madrid, no dude en ningún momento que mi repentina decisión de fingir estar donde no estaba, para intentar estar donde se suponía que debía de estar, no tenía sentido y era absurda. No hubo nada en la voz de Mon que hiciera suponer que necesitaba mi ayuda y, desde luego, nadie podía ayudarle a solucionar su problema, que era de los que no tenían solución. Y sin embargo, ahí que fui. Y siete horas después, sentado en un café no muy lejos del Doce de Octubre, en uno de esos bancos de los que antaño amueblaban los vagones del tren, no era más que un amigo esperando a otro amigo, terminando su segunda caña y echando vistazos alternativos al reloj y a la puerta del establecimiento, como lo haría cualquier otro. Por primera vez en semanas, me sentí una persona normal

Ya iba por la tercera cuando apareció Mon. Le acogí con aire grave.

- Estoy bien- se apresuró a decir- mi abuela tiene ochenta y cinco años. No es una tragedia.

Mon se fue a pedir a la barra y cuando volvió estaba bastante claro que no le apetecía hablar más del asunto. Me preguntó por mi vida (y yo, como siempre, no supe que decir), y yo por la suya, o lo que es lo mismo, por el teatro. Pues Mon está enfermo de teatro y exhuma teatro a todas horas, y si uno se acerca lo suficiente hasta puede oler el tufillo del maquillaje, nunca del todo borrado de su rostro. Aquel día, en cambio, su chorro incesante de conversación teatral languidecía por momentos, cuando no caía en incómodos silencios donde era inevitable pensar en la verdadera razón de nuestro encuentro.

- Solo queremos que acabe ya- me confesó Mon, después de un receso- que no sufra más. Los médicos dicen que es cuestión de horas. Días. Quién sabe.

- ¿Está despierta?

- No. Está entubada- dijo Mon- le quitaron un momento el aparato pero no pudo sola.

Luego seguimos hablando de teatro, pero ahora Mon, cada pocos minutos, lanzaba fugaces miradas a la pantalla de su móvil. Su abuela llevaba muriéndose un número ilimitado de horas y uno podía imaginarse a los familiares, apostados de forma perenne en los aledaños de la sala del hospital, invadidos por un ánimo circular, de constante espera y repleto de contradicciones. La contradicción de esperar el fin *sufriendo* por el fin y la contradicción de que el fin no fuera una doblez del tiempo, un instante inexistente entre el antes y el después, sino un durante, durante, durante, durante, y ahora estaba claro que también Mon había vuelto a ese estado a pesar de sus esfuerzos por evadirse, dejando correr la lengua sobre temas teatrales pero con un ojo puesto en el reloj, también él atrapado en el tiempo circular, el tiempo espiral que giraba hacia el centro y luego volvía al exterior y luego al centro, al teatro, a la mirada al reloj, al breve silencio lánguido, otra vez a la conversación de teatro, otra mirada al reloj, otro silencio, otra mirada al reloj y otro retazo de conversación que yo fingía escuchar y él fingía articular cuando en verdad, la única verdad, era un cuadro de Escher colgado a escasos metros de nosotros, con centinelas subiendo y bajando una escalera ininterrumpida, siempre subiendo, siempre bajando, y siempre inmóviles.

De pronto el móvil, comenzó a sonar. Mon no lo descolgó inmediatamente. Lo tomó entre sus manos, se levantó de la silla y salió con paso vacilante del establecimiento. Cuando vuelva a entrar, pensé, todo habrá acabado. Y ahora era yo el que esperaba, sentado en la mesa del café, oteando a Mon en la calle, tras las cristalerías del local, hasta que volvió a entrar y yo lo vi acercarse con rostro lívido, o lo que entonces me pareció un rostro lívido, pues luego, desde más cerca, no me pareció lívido en lo absoluto, sino más bien confuso, e incluso yo diría: estupefacto.

- Era mi abuela- dijo al fin.

- ¿Cómo?

- Que quiere jugar al mus. Que le compre una baraja.

En ese instante, Mon rompió a llorar. Yo traté de abrazarlo (y no es nada fácil abrazar a Mon; es un tipo bastante duro, a pesar de ser actor). Luego pagué la cuenta y salimos zumbando al hospital.

Lo que vino a continuación no fue menos extraño. Cuando llegamos a la habitación del hospital 12 de Octubre, también la familia de Mon al completo mostraba rostros compungidos, pero, sobre todo, y superpuesto al dolor, rostros extrañados,

paralizados por la última voluntad de la abuela, e incapaces de contradecirla. Alguien había dispuesto tres sillas en torno a una mesa de comidas, junto a su cama. Una de ellas la ocupaba el tío de Mon; la otra, su padre. Y la tercera, parecía destinada para Mon, que fue a sentarse, sacó la baraja, y repartió las cartas, ante la atenta mirada de todos. Si algo estaba claro es que esa era la silla de la entereza, donde estaba prohibido derramar una sola lágrima. Ese parecía el pacto tácito; no más lágrimas. Una escena normal para la despedida, aunque la abuela no lo puso demasiado fácil, encadenando, al principio, un par de chistes macabros. Había derramado dos frascos de medicación a modo de chinos (ya no los necesitaré, arguyó); y cuando el tío de Mon sugirió jugar a tres vacas, ella respondió: "mejor no tentar a la suerte". La partida quedaría inacabada, quizás porque ya no tenía sentido ganar o perder, no para la abuela, que simplemente quería pasar un último rato agradable con su familia.

Yo no vi toda la partida. Antes me retiré sigilosamente, pero luego, de camino a casa de mi hermana, que también vive en Madrid y donde iba a pasar la noche, pensé en la suprema audacia de la jugarreta de la abuela de Mon. Al imbuirse en una situación normal, había distraído su imaginación de la muerte, burlando la trascendencia angustiosa de los últimos segundos. Así no existiría la posibilidad de sentir urgencia, de intentar la frase definitiva, el pensamiento más relevante. La muerte ya nunca llegaría. Se apagaría la vida, en el curso normal de la vida sin sobresaltos.

Y en efecto, así fue. Días más tarde, Mon me contó por teléfono que la abuela había caído inconsciente antes de que el mus quedara concluido. Murió cinco minutos antes de las dos de la mañana. Cinco minutos después, los relojes de toda Europa se adelantaban una hora para adecuarse a la luz de la primavera. Un homenaje secreto, me informó Mon, que ya para siempre recordará su efemérides.

- Por cierto- siguió Mon- ¿Cuál era esa gran pregunta que querías hacerme?
- Sabes- respondí- es curioso como la vida, cuando te hayas sumido en las más funestas conclusiones, se empeña en demostrarte lo gilipollas que eres. ¿Sales pronto del ensayo?
- ¡Por supuesto! ¡Y hay miles de cosas que no sabes!

Qué pequeña. Qué minúscula e incongruente me pareció entonces mi obsesión, justo antes de desvanecerse en el cielo de Madrid.

VII

Madrid tiene la fuerza de un imán, que atrae y repele al mismo tiempo. Tiene las características de una gran fuerza gravitatoria, capaz de lanzarte muy lejos o atraerte sin remedio a su núcleo abrasador. Y eso es el centro de Madrid, y las calles del centro de Madrid: el lugar más caliente de toda la galaxia.

Por eso no me fui de Madrid: huí de Madrid. Pero hasta entonces, mis pies se aferraron a la tierra como en ningún otro lugar conocido. Por lo mismo muchos juran nunca pisar Madrid, o no volver a pisar Madrid; y otros, nunca dejar de pisar Madrid. Pues habitar Madrid, elevadísimo reino al borde de la estratosfera, obliga a aceptar determinadas leyes de la física que deforman los rasgos de sus habitantes como a criaturas de las cimas o las profundidades, y los vuelven exóticos, incluso intimidatorios, a los ojos de un recién llegado. Y finalmente, si mi visita a Madrid concluyó con una lluvia de agua embotellada, no debería extrañar a nadie. No, al menos, a nadie familiarizado con las peculiaridades de esta ciudad, aunque para cualquier otro, incluido yo, se trate del fenómeno meteorológico más extraordinario que haya oído nombrar.

Pero hasta las circunstancias más inverosímiles pueden explicarse como un cúmulo de coincidencias. Claro que si yo no hubiera salido de fiesta la noche anterior de forma tan salvaje e irresponsable, y no me hubiera quedado sin voz en consecuencia, o si Mon no hubiera desaparecido repentinamente con mi cartera y todo mi dinero, o si, como es lógico, conociera mejor la ciudad (lógico porque es donde crecieron mis padres, donde viven mis abuelas y algunos de mis mejores amigos, además de mi hermana), nada hubiera ocurrido de la misma manera y, por tanto, nunca hubiera asistido a semejante espectáculo. Y estas solo son algunas de las muchas coincidencias. Otras, la mayoría, necesitan de una historia para desentrañarlas.

Después de mi tarde con Mon, decidí quedarme unos días en casa de mi hermana. Me convertí en un apósito de sus actividades; mi estancia en Madrid carecía de sentido y lo mejor era usurpar la vida de otros, dejarme llevar por su instinto de búsqueda y con suerte descubrir qué demonios hacía allí. La primera de esas actividades consistió en asistir a un concierto de cuatro horas, con la procesión posterior por las calles del centro en busca de locales abiertos cuando, en realidad, todos habían cerrado hacía horas y solo la estupidez de la borrachera nos hacía seguir adelante, doblar la siguiente esquina, encender el siguiente cigarrillo, mientras una pelona del carajo terminaba de descomponer mi garganta. Por la mañana, desperté casi mudo.

No hizo falta explicárselo a mi hermana. Hubiera sido una contradicción, pues mudo como estaba apenas podía emitir palabra alguna y por tanto dar cualquier tipo de explicación, aunque la única necesaria fuera precisamente la constatación de dicha imposibilidad, como así ella lo entendió. Fue ella, mucho antes que yo, la primera en comprender la dimensión de mi invalidez, ofreciéndose a acompañarme, como de hecho hizo, hasta la calle del Pez, donde había quedado con Mon para asistir a una representación teatral y donde se produciría la siguiente (o las dos siguientes), extraordinarias coincidencias.

La primera tuvo lugar cuando, dada mi imposibilidad de articular palabra, entregué mi cartera a Mon para que comprara mi entrada y luego, al entrar en el teatro, me olvidé completo de pedírsela. Y no por causa de mi naturaleza distraída (que también hubiera podido ser), sino porque cualquier otro pensamiento que no fuera el aquí y el ahora, quedó completamente eclipsado cuando atravesé el umbral de la sala. Nunca el chico de provincias había asistido a un lugar semejante, pues nada allí recordaba al decoro de un teatro burgués. Música electrónica hacía tronar la pequeña platea donde los espectadores se iban acomodando, envueltos en el humo que cada pocos minutos vomitaban varios cañones orientados a las butacas, surcada esa neblina por láser verdosos que creaban planos, superficies en el vacío y luego se dislocaban y oscilaban histéricamente al hilo de la música, mientras, a un lado del teatro, muchos de los asistentes, entre ellos Mon, pedían cervezas y copazos en una barra de bar.

Pronto la música cesó y todos nos sentamos. Del silencio emergió una atmósfera de nave intergaláctica, y las pantallas repartidas por toda la sala comenzaron a lanzar destellos futuristas. Un haz de luz partió en dos la oscuridad del escenario, y tres astronautas aparecieron de la nada. No dijeron una sola palabra, pero pronto el público comprendió que reclamaban a uno de nosotros. Habían abandonado su nave, traspasando el límite del escenario, y ahora paseaban por un planeta desconocido, donde alienígenas de todo pelaje observaban sus movimientos, algo ralentizados por la escasa gravedad del lugar, siendo a su vez observados por los astronautas, que movían su linterna de un rostro a otro, de una butaca a otra ¿Buscaban algo? ¿Cuál era su misión en este planeta desconocido? ¿Simplemente observar e informar? No. Nos reclamaban. Reclamaban a uno de nosotros. Oscuros laboratorios forenses al otro lado de la galaxia esperaban un buen pedazo de carne extraterrestre para su vivisección. No había duda de ello y de ahí la mueca sobrecogida de los alienígenas cuando una cámara, situada en una de las linternas, captaba su gesto y lo transportaba a una gigantesca pantalla al fondo del escenario. Debí suponer entonces que aquello acabaría afectándome. En el día mundial de las extraordinarias coincidencias, cualquier giro del azar incidiría en mi

propio destino. Y en efecto: eligieron a Mon. Seleccionaron a Mon. Levantaron a Mon y Mon se vio transportado hacia la nave espacial del escenario, donde Mon fue situado debajo del gran haz de luz verdosa, cuya intensidad crecía y crecía por momentos hasta alcanzar una intensidad atómica, la energía necesaria para que todos los alienígenas allí presentes tuviéramos que apartar, al menos por un momento, la mirada, justo lo suficiente para que desapareciera Mon.

Nada podría decir del resto del espectáculo. Yo ya solo podía ver pequeñas burbujas verdosas flotando en el espacio de mi retina, con la absurda sonrisa de Mon girando dentro de todas ellas. Tampoco me di mucha cuenta cuando finalmente encendieron las luces, la gente comenzó a levantarse (ya gente, ya no alienígenas), a salir al mundo exterior, y yo entre ellos, a dispersarse en la calle hasta que me quedé solo, observando la puerta del teatro.

Miento. Había alguien más. Un gorila de metro noventa que custodiaba la puerta y al que yo miraba, inevitablemente, como la única persona que podía ayudarme, aún cuando ni siquiera era consciente de lo mucho que necesitaba cualquier tipo de ayuda, pues todavía no había recaído en que no tenía dinero, no sabía el camino de vuelta a casa de mi hermana, y no había manera posible de localizar a cualquiera de las otras muchas personas que conozco en Madrid, además de estar casi mudo. Y, la verdad, si ya es difícil convencer a un portero de que te deje entrar donde no debes entrar, es decir, si ya es difícil convencer a un portero de que suspenda, momentáneamente, su única razón de ser en el aquí y el ahora, que no es otra que la de impedir el paso a gente como yo, mucho más difícil es hacerlo con las manos, ya sea al estilo coercitivo o como medio de expresión gestual, y mucho más con un hilo de voz incapaz de elevarse por encima del ruido del tráfico, a pesar de que el portero se encontrara a pocos centímetros de mí, ambos en actitud de mantener una conversación aunque tampoco el portero emitiera palabra alguna, sino que simplemente me enseñaba la palma de su manaza, abriendo mucho los ojos.

- Ni lo intentes- oí a mis espaldas. Era la taquillera, que había salido de su garita para fumar un cigarro- hace dos años unos fascistas volaron medio teatro con una bomba. La seguridad de aquí no es normal. No te va a dejar pasar ni en un millón de años.

Un millón de años. Ese fue el tiempo que creí estar esperando ante aquella puerta, hasta que todas las luces se apagaron y el último trabajador se marchó a su casa. Fue entonces cuando desvié mi mirada de la puerta del teatro y me encaré a la calle Pez. Sin dinero. Sin saber a dónde ir. Sin voz para comunicarme con los alienígenas de todas las formas y tamaños que transitaban las calles. Todos seguían una dirección, todos iban a alguna parte. Y yo, de pronto, estaba desesperado, y no había forma de ocultarlo, pues todas esas personas que se

dirigían a alguna parte comprendían de un plumazo, de una simple mirada o de una intencionada evasión de mi mirada, que yo pertenecía a ese otro gran bloque de seres que pueblan Madrid, al grupo de los que no tienen a dónde ir, no tienen nada que hacer, no tienen nadie a quién merezca la pena visitar, y no tienen nada, nada, e incluso caminan diferente. ¿Cómo no, si no van ningún lado?

Las necesidades acucian. Se abre la incertidumbre. Encontrar un agujero de salida al laberinto se convierte en inaplazable. Solo quedan dos posibilidades; rendirse en un banco o seguir en movimiento y así durante varias horas, y cada pocos minutos la necesidad de rendirse y la mayor necesidad de seguir en movimiento, transitando calles atestadas y calles desiertas, grandes avenidas iluminadas por los anuncios y los focos de los edificios emblemáticos, y callejones oscuros y humeantes, que se enroscan los unos sobre los otros hasta que la aguja de tanto girar se sale de la brújula. ¿Qué importaba ya quién hubiera sido? Me sentía cansado y chocaba constantemente con el flujo de individuos a quienes, ya en un gesto instintivo, alargaba la mano, balbuceando un ronquido con la esperanza de conseguir un billete de metro y una vez dentro, quién sabe, girar y girar y girar hasta que alguien detuviera la noria y avisaran a las autoridades y con suerte me llevaran a casa o me deportaran a algún país extranjero donde al menos hiciera calor.

No tardé en rendirme, aunque esa llamada a la caridad siguió saliendo de mis labios como una letanía, ya arrumbado en el escalón de un establecimiento, a ras de suelo, y mi rostro a la altura de los rostros de los otros perros y, en concreto, de un perro lleno de calvas que se detuvo en un árbol cercano, a pesar de los gritos de su dueño.

- ¡A casa!- gritaba el dueño- ¡A casa!

Pronto comprendí. No era el dueño quien quería llevar a su perro a casa, sino que era el propio perro quien debía llevar a su dueño. El dueño, que era ciego, y que de pronto dijo:

- No te creas que no te estoy oyendo. Eres un pejugueras. ¿Se puede saber qué coño te pasa? Mírame a mí, tú que puedes. ¿Ves este perro lazarillo? Es incapaz de hacer su trabajo. Es rebelde e indisciplinado, pero sobre todo es un egoísta. Cualquier distracción es suficiente para que olvide sus obligaciones. ¿Eres tú un egoísta?

- No- carraspeé- solo estoy perdido.

- De acuerdo- dijo el ciego- ayúdame a llegar a mi casa y yo te ayudaré a ti.

He aquí la última de las coincidencias. Un ciego capaz de escuchar mis ruegos gracias a su desarrolladísimo sentido del oído, y yo caminando delante de él, su mano aferrada por detrás al cuello de mi cazadora.

- ¿Y dónde estamos ahora?- preguntaba.

- Princesa 134- respondía yo.

- De acuerdo, párate en el próximo paso de cebra y cruza a la otra acera. Y no te preocupes por el perro, el muy hijo puta sabe muy bien cómo volver a casa.

Y fue así como continué mi interminable periplo por las calles, plazas y barrios de Madrid, sirviendo a un ciego cabreado que me había prometido lo imposible. ¿Cómo iba a llevarme a casa si ni siquiera yo sabía donde estaba? Así se lo planteé, no más nos detuvimos frente un portal donde, dijo, se encontraba su domicilio.

- No te preocupes, te haré un mapa- dijo, sacando una servilleta de bar y dibujando en con precisión un tramado de calles sin nombre, con flechas indicando un camino entre ellas- tú no te preocupes por el nombre de las calles. Lo importante es la combinación de giros. Cumple con el mapa a rajatabla y aparecerás en tu casa.

Aquello no tenía ningún sentido, pero aún así fui cumpliendo con las instrucciones del ciego hasta que me sorprendieron los primeros colores del alba. Había caminado y caminado, como la mismísima Dorothy hizo sobre el rastro de las baldosas amarillas, hasta que mi cuerpo se rindió y, sin saber cómo, fui arrastrándome hasta unas escaleras que bajaban a la estación de metro. Allí fueron pasando las horas, entre escalofríos y pensamientos delirantes. Me había convertido en un obstáculo más a evitar por los escasos transeúntes que bajaban o subían del metro aquella soleada mañana de domingo.

- Si por lo menos pudiera beber un poco de agua- susurraba- Dios, por favor, al menos un poco de agua...

Entonces, sonó el primer impacto. Un impacto líquido y oblicuo que me despertó por completo y al que luego siguieron no uno, sino muchos más impactos. ¿Era posible lo que estaba viendo? Docenas y docenas de botellitas de agua mineral caían sin cesar a izquierda y derecha.

¡GRACIAS, GRACIAS!- grité, tomando una de ellas, bebiendo con fruición, tomando otra, pues no cesaban de llover más y más botellitas, aunque todas, curiosamente, llovían sin tapón.

Fue curioso salir a la calle y comprobar el origen de la lluvia de agua embotellada. La gran avenida, completamente libre de coches, estaba siendo atravesada por una enorme maratón que cruzaba la ciudad. Habían cortado la circulación y no se oía más ruido que el trotar de decenas de miles de atletas que, sin dejar de correr, tomaban las botellas de agua que les tendían los avitualladores, bebían un sorbo y la lanzaban lejos para no estorbar el paso de los siguientes corredores que también tomaban y lanzaban, y así uno detrás de otro, incesantemente, botellitas y más botellitas volando hacia el lado opuesto de la calzada, estrellándose contra las

escaleras del metro, rodando por el suelo hasta derramarse por completo en el asfalto.

- ¿Se puede saber de dónde sales?

Me giré. Era mi hermana, que había bajado a comprar el periódico. Había dormido justo enfrente de su casa.

VIII

Después de mi noche toledana en Madrid, volví a Granada. Pasé cuatro días encerrado en casa. El bienestar inicial derivó en un paulatino abandono de mi higiene personal. Vagabundeaba, en mi propio hogar. Abría un grifo y lo volvía a cerrar. Lo abría, y observaba como el agua se colaba por el sumidero, hasta que la última gota se secaba completamente. Escuchaba sonidos que nunca antes había escuchado. El zumbido de la electricidad cuando encendía la luz del pasillo. La ausencia de zumbido cuando la apagaba. Accionaba mecanismos, observaba las consecuencias. Mi mente estaba vacía, pero repiqueteaba una y otra vez contra las paredes. Y todo hubiera podido acabar en tragedia conyugal de no ser por las medidas adoptadas unilateralmente por la otra parte contrayente, es decir mi novia, que me echó de casa, o más bien me dijo: vete a paseo. Eso fue lo que hice. Insatisfacción. Rutina. Son enfermedades del bienestar. Pero también hay rutina en la guerra. También en la pobreza. Aunque de vez en cuando, tanto en la pobreza como en la guerra sucede algo espantoso.

En el exterior la temperatura era agradable y había gente por la calle. Debido a mi breve aventura en Madrid, yo había desarrollado cierta paraonia y sentía como las personas me expulsaban de los sitios, hasta acabar en una plaza, más concretamente en la plaza de la Universidad, donde, ya sentado en un banco, pude tranquilizarme y volver a tomarle el pulso a la normalidad.

Hasta la risa puede ser signo de aburrimiento, pensé, y la felicidad, no digamos. Pero el espanto, el verdadero horror que trepa por los nervios y hace saltar hasta el último resorte de tu cuerpo, eso sí es contrario al aburrimiento. La ociosidad, o la mala planificación de la ociosidad es lo que te llena de aburrimiento. El efecto destructivo del tiempo libre, solo comparable al efecto destructivo del trabajo.

Esa plaza, hoy llamada de la Universidad, fue el primer sitio que conocí en Granada. Veníamos de un largo viaje y aún conservaba en el cuerpo la sensación de haber conducido por el desierto durante horas, con mi Volvo cargado hasta las trancas, el olor a quemado del motor y las ventanillas bajadas para aliviar el calor infernal de la cabina. El aire polvoriento entraba a ciento cuarenta kilómetros por hora e impedía cualquier conversación entre los viajeros, que no tenían más remedio que reconcentrarse en sus propias locuras y aquellas colinas amarillas salpicadas de chumberas y matojos secos. Nadie lo notó, pero a punto estuvo de ocurrir un desastre al menos en cuatro ocasiones. Cuatro momentos en los que, literalmente, dejé de conducir. Volvía a abrir los ojos; el coche seguía ahí, justo al borde pero aún pegado al asfalto. Cuando por fin llegué a Granada, me sentí muy feliz.

Hoy la plaza no presentaba un aspecto muy diferente al de aquel primer encuentro. Las señoras y los caballeros decentes paseaban a sus vástagos por el piso empedrado, los estudiantes en parejas, los hippies, con sus perros flauta, los senegaleses y sus hatillos de CDs piratas, las terrazas, los turistas, en fin, la mezcolanza típica de cualquier ciudad turística. Pero había una distancia considerable entre lo ahora y lo de entonces, a pesar de que, tanto ahora como entonces, en nada se ocupaba mi pensamiento excepto en la contemplación de lo que me rodeaba. Entonces (no ahora) respiré ese aire nuevo con espíritu de aventuras, y entonces (pero no ahora) hasta el propio nombre del lugar me resultó sugerente. No ahora fue la primera vez que pisé Granada, y los meses anteriores los había pasado recorriendo con la imaginación un mapa turístico que me regaló mi hermana, pasando las páginas de un calendario de la Alhambra durante las largas tardes de estudio, escuchando también con avidez los relatos de aquellos que la conocían, e incluso mucho antes, cuando ni siquiera deseaba vivir en esta ciudad, su nombre fue pronunciado, leído o recordado innumerables veces, hasta construir una ensoñación poderosa, un mito y entonces, solo entonces, (no ahora, desde luego) durante el tiempo que pasé detenido en la plaza (nunca había estado allí, era la primera vez) Granada fue el lugar soñado y real al mismo tiempo.

Proyectamos irrealidad. La fantasía es un refugio. El futuro es un refugio contra el realismo. El presente es tan insoportablemente real, que a menudo solo nos queda colgar un calendario con fotos de la Alhambra y soñar con el día en que por fin pisemos sus patios alicatados, pero ese día será el presente y será insoportablemente real, y aún así lucharemos por cumplir nuestros sueños a sabiendas de que un sueño se desvanece en cuanto se cumple, y habrá entonces que comprar otro calendario con sugerentes postales de otro lugar, y las fotos se irán evaporando conforme caigan sus hojas, hasta que caiga la última y frente a nosotros tengamos, ya no la copia, sino el original, el punto límite de nuestras fantasías, cuando ya no es posible seguir elucubrando.

Frente a mi banco (ahora, no entonces), había una crepería. Conté mis monedas. Justo lo suficiente para un crepe de jamón y queso, el más sencillo, que me dieron envuelto en una hoja de papel albal. Repasé los bordes hasta que se enfrió. Luego me lo comí de cuatro bocados. Hice una bola con el papel albal y me levanté para tirarla en un cubo de reciclaje. La tiré. Volví a mi banco. No era hambre lo que tenía.

El enigma, el desconocimiento es lo que permite hacer volar a la imaginación, no para imaginar otros mundos, sino para fabricar suposiciones de aquello que no sabemos, tomándolo luego por cierto. Así lo desconocido se rellena de uno mismo y el tiempo, invariablemente, nos va quitando la razón, pues la verdad reclama esos

huecos que habíamos rellenado y que no nos pertenecen. Esa Iglesia. Esa crepería, y el bonito hostel contiguo donde pasé mi primera noche en Granada con Mariló, y la mañana siguiente, demasiado calurosa para aventurarse por las calles, preferimos mirar por la ventana, mejor ver sus tejados, no renunciar todavía al poder hipnótico de lo desconocido. Era un calor salvaje el que hacía hervir los tejados, también lo era la ciudad. Entonces pensé: algún día descubriré todos sus secretos. Y bien, seguían sin respuesta, porque muchos jamás habían existido. Nos asentamos. Nos aburrimos. Conocer es dejar de tener miedo, relajarse de cuanto te rodea. Seguir ahí sentado o pedir otra crepe de jamón y queso, volver a casa (no, eso Mariló no lo permitiría, después de lo insoportable que he sido); he aquí las profundas vivencias de un hombre tranquilo, feliz, ausente. No hay verdad nueva tras las apariencias, sino la misma verdad de siempre, ya consabida, constatada una vez más. La normalidad borró el poder evocador de la primera mirada.

¿Cuánto tiempo, cuánto estancamiento hace falta para que lo auténtico se desgaste y ya ni siquiera sea contemplado como tal? Recodaba a algunas viejas amistades, cuya vida durante una temporada consistió en mudarse cada pocos meses a una ciudad y a un país diferente, huyendo cuando la primera alarma de normalidad hacía saltar por los aires las nuevas apariencias, dejando al descubierto las viejas actitudes de siempre, la vieja humanidad. Cambian los actores y el decorado, se repiten las historias, ahora y siempre. Viajaremos, sí, nos moveremos, de acuerdo, suspenderemos momentáneamente la regularidad de la vida, la precisión con que los días se asemejan, hasta que las aguas vuelvan a cerrarse y eso que era la vieja existencia y que en realidad es la existencia a secas retoma el centro absoluto de tu vida. ¿Cuántos miles de kilómetros nos faltan para confirmarlo definitivamente?

Hay un mapamundi en mi cocina muy pero que muy grande que ocupa casi media pared y del que es casi imposible abstraerse en tantos y tantos momentos de espera frente al fogón o la puerta del microondas. Solos o acompañados, Mariló y yo hemos estudiado ese mapamundi todos los días desde que nos fuimos a vivir juntos. Nos iremos a Chile, pensaríamos, nos iremos a Toulouse, nos iremos a Toronto, nos iremos a Auckland, Nueva Zelanda, Estonia, Italia, Dublín. Ya, inconfesablemente, planeando el paso siguiente. La imaginación, constreñida por la normalidad, saltaba despedida hacia delante como el purulento perdigonazo de una bola de sebo bien apretada. Otros de nuestro entorno (otros que llegaron como nosotros, con actitud semejante, quizás iguales expectativas) lo declaraban abiertamente. Habían acabado aquí. La ciudad estaba quemada; agotadas sus posibilidades. Hora de cambiar de espejismo.

En fin. Un hombre tranquilo se va a casa. Un hombre aburrido y feliz deshace sus pasos por estas calles tan familiares, tan tranquilas y acogedoras. Observa sin

interés los rostros de quienes lo observan sin interés. Coches que sortear, motos que sortear, cacas que sortear o chafadas por un zapato de caballero, qué contrariedad.

Solo una presencia ruge en ese remanso de bienestar. Un hombre doblado por la mitad trata de agarrar un céntimo de euro tirado en el suelo. Sus manos son demasiado débiles, sus uñas rasgan el asfalto. No se rinde. Y cuando parece que la moneda ya es suya, vuelve a resbalarse.

IX

Kimi era un habitual de las mismas calles que yo transitaba, y desde aquella absurda aventura de los carteles nos cruzábamos a poca distancia con asiduidad, aunque no habíamos vuelto a cruzar una sola palabra. No es que antes nos hubiéramos cruzado demasiadas; hay personas con las que se establece una complicidad que nada tiene que ver con el conocimiento del otro, sino más bien con esa familiaridad que surge con un primo o un amiguito de juegos infantiles al que nos encontramos después de muchísimos años, ya ambos convertidos en extraños. En cierto sentido, Kimi era un espejo donde se asomaba el sueño de la noche anterior, y cuando uno estaba a punto de recordarlo, escondía su extremo y se desvanecía.

Un día surgió la conversación. Eran las cuatro de la tarde y yo bebía en La bodega de las tapas II, un bar junto al portal de mi casa que siempre está vacío. Kimi se sentó en un taburete cercano, pidió una caña y distrajo su atención hacia un programa de videos musicales.

- Oye tío- empezó, sin despegar su vista de la pantalla- no sé a qué te dedicas.

- Bueno...Digamos que soy un teórico.

Comenzó un nuevo video, esta vez de los Smashing Pumpkins. Debía tratarse de un revival de rock de los noventa, con Nirvana, Pearl Jam, esa clase de gente.

- Aha- dijo Kimi- y eso qué coño es.

- Pues un teórico es el que hace teoría.

- ¿Qué clase de teoría?

- Pues teoría sobre cualquier cosa- respondí.

- Pues, ¿por ejemplo?

- A ver, por ejemplo este programa de la tele.

- Qué le pasa a este programa de la tele- dijo Kimi.

- Vamos a ver...- dije yo- unidades narrativas confeccionadas para la transfusión semiótica de código visual a código música (por definición asignificacional, siguiendo a Schopenhauer), concatenadas en función del precedente genérico establecido por la unidad anterior. Oye, Kimi, tú llevas aquí mucho tiempo ¿verdad?

- Sí... ¿En Granada? algo de tiempo

- Dime una cosa- dije yo- ¿merece la pena? Porque a veces pienso que da igual si estás allí o aquí. Cambian las apariencias pero siempre es lo mismo, en todas partes. ¿Nunca piensas en eso?

Al principio creí que Kimi no había entendido la pregunta. Volvimos a las cañas, al relato interminable de video clips. Pero al rato dijo:

- Bueno, lo mío no es la teoría. Pero te puedo contar algo que me pasó no hace mucho. No exactamente a mí. Más bien, estaba allí.

- Es difícil de diferenciar.

- Sí, claro. Bueno, el caso es que yo estaba en un bar. Nunca había ido antes allí pero unos amigos habían llegado a la ciudad, el autobús del aeropuerto les había dejado en la puerta y no tenían ni idea de moverse por Granada.

- ¿Te vinieron a ver a ti?

- Eso es. Unos viejos amigos. No me acuerdo como se llamaba ella, era la primera vez que la veía. Y hacía mucho que no lo veía a él, pero lo nuestro era una amistad sólida. Habíamos compartido un cuchitril en Amsterdam durante meses, un lugar hediondo, un hueco de una escalera al que un usurero tunecino había tenido la poca vergüenza de poner una puerta y un tabique, un sitio realmente pequeño, lleno de chinches, ni siquiera cabíamos de pie, había que pasar por encima del otro para poder llegar hasta tu colchón. No veas lo que une eso.

- Desde luego- dije yo, que no tenía ni idea- ¿Y qué pasó en el bar?

- ¿Qué bar? Olvídate del bar, ahí no pasó nada. Fue más tarde, por la noche. Salimos de cañas y andábamos ya algo aturdidos, sin saber muy bien que hacer. Alguien, creo que ella (¿cómo coño se llamaba?) dijo de ir a pillar.

- ¿Qué clase de drogas?- pregunté yo.

- Coca. Speed. Qué más da. Super M...- dijo Kimi- a mí esas cosas no me vienen nada bien, pero dio la casualidad de que estando yo sentado en las escaleras del Paprika había conocido a un chaval bastante curioso, ¿conoces el bar? La gente suele sentarse a comer sardinas en sus escaleras, unas sardinas riquísimas que venden enfrente, aunque las escaleras oficialmente pertenecen al Paprika, tú ya me entiendes...

- Sí, claro.

- Pues estaba yo comiéndome una sardina cuando llegan dos punkis con un colchón y lo dejan en medio de la acera, y luego aparecen más y más punkis y se quedan todos merodeando por allí, pero nadie se sienta en el colchón. Pasa un buen rato, yo me acabo la sardina, estoy a punto de levantarme cuando aparece el chaval del que te hablaba, se sienta en el colchón y llega un Mercedes blanco con las lunas tintadas que se detiene junto a él, le abren la puerta, sube el chaval, cierran la puerta, vuelve a abrirse la puerta, baja el chaval, vuelve al colchón, se va el Mercedes y el chaval se pone a repartir droga a diestro y siniestro. Y claro, había que ver de qué iba ese chollo, ¿me entiendes? Fue una suerte que todavía me quedara dinero después de comprarme la sardina.

- ¿Y tus amigos?- dije yo.

- ¿Mis amigos? No, esto del colchón fue la semana pasada, antes de que llegaran. Pero la noche que vinieron, después de tomar unas cañas, andábamos como locos por pillar algo de droga. No es que ella fuera una mojitata, pero básicamente éramos mi amigo y yo, ya sabes que en estos casos a ellas les cuesta un poco admitir que también son unas desquiciadas y prefieren ir a remolque de las decisiones del grupo...

- Sí...a algunas.

- Bueno. Pues dimos unas cuantas vueltas a lo tonto hasta que me acordé de una dirección que me había dado el muchacho, ¿te acuerdas? Aquel día que andaba sentado en su colchón me había dado una dirección donde podía encontrarle. La verdad, no sé ni cómo me acordaba todavía, pero el sitio no estaba muy lejos y a mis amigos les pareció bien ir a probar suerte (bueno, ella no dijo ni que sí ni que no, pero se la veía ilusionada). Eso sí, se quedaron lejos de la puerta, como a unos diez pasos.

- ¿Era un bar?

- ¡Una heladería! ¿Te lo puedes creer? Nada cutre, por supuesto. Ya es difícil que una heladería parezca cutre, ¿no te parece? No, aquello era un sitio de lo más normal. Claro, estaba en una calle donde no verías a un niño jugando o a una pareja de enamorados paseando de la mano, ¿quién más come helados? Las viejunas... nadie de toda esa gente pasaba por ahí. Era el típico callejón que uno elige para echar un meo o para vomitar, o para algo peor si la cosa se pone chungueta. Así que mis amigos se quedaron a una decena de metros, digamos, donde terminaba la huella de orín. Y te lo puedo asegurar, mi amigo ha visto todo lo que uno puede llegar a ver si eres un borracho y no has tenido un duro en tu vida... Y aún siendo un tío respetable, y ella también, una pareja tranquila, los dos muy listos, de los que siempre aciertan con las palabras.

- Entiendo...

- Sí se quedaron a unas decenas de metros como digo, fue por ese rollo de no verle la cara al camello, en fin, hay gente muy paranoica, me refiero a los camellos. ¡Qué chorrada! Si te quieren trincar te trincan, ¿no?

- Claro.

- Pues nada. Ahí estaba el séquito del rey Canuto, sentado en la puerta de la heladería. Cuatro punkis bebiendo de tetra brick y pasándose una bolsa de pegamento. Supongo que eran necesarios, si no, cualquiera se hubiera despistado al ver solo la puerta con la lista de sabores y los precios de los cucuruchos. Digamos que eran como una especie de muro de contención para disuadir a cualquiera que quisiera un simple heladito. Así que me acerqué, hincé una rodilla en el suelo y les pregunté si conocían a alguien que pasara. En ese momento no me

fijé, la verdad, en nada, estaba más pendiente de parecer un tío enrollado, ponerme a su nivel, aunque ya andaba algo mareado y esos punkis tan chutados de cola hubieran dado paso franco hasta a la mismísima reina de Inglaterra. Así que me agaché y claro, ningún problema, ahí dentro estaba el chaval en cuestión. Le dije lo que quería, me dijo lo que tenía y se fue a dar un paseito.

- Qué fácil.

- Siempre lo es. Se quedaron un par de punkis que entraron conmigo, una tía y un tío, y mis amigos, que se habían aburrido de esperar en la calle, en total unos cinco o seis, y había también una chavala. Yo quería hacerme el simpático con mis amigos y también con los punkis que tan amablemente me habían indicado la puerta, o a lo mejor tenía unas monedas en el bolsillo, algo que me molesta muchísimo, digo, tener dinero, a juzgar por la forma en que me lo gasto, en fin, yo quería invitar a helados a todos y le pregunté a la chavala, una niña que no tendría más de quince o catorce años, la tipa que el otro chaval, el camello, había dejado cuidando la heladería. Lo que por otra parte tiene sentido, ¿no? No iba a dejar el chiringuito con tres borrachos desconocidos y un grupo de punkis hasta atrás de pegamento, y quien sabe si algo más, esta gente le da a todo y NO, no son prejuicios, yo no soy mejor que ellos y si no ando por ahí con un perro flauta siguiéndome y todo lleno de tachuelas es porque no soy lo suficientemente duro para esa vida, joder, una vida llena de privaciones al fin y al cabo, y muchos han conocido algo mejor, sabes, en estos círculos se junta lo peor y lo mejor de cada casa. Pero ¿juzgarlos? Qué me maten. No gracias, prefiero invitarlos a helados. ¿De qué te ríes? Bueno, supongo que tiene gracia, joder, tendrías que vernos. Yo. Mis amigos borrachos. Los punkis y la colegiala esa que me tenía fascinado, con esa carita de puta japonesa haciendo los deberes de inglés encima de la carpeta (¡llena de nombres y corazones escritos con Typek!) ¿Pero cómo coño había ido a parar esa niña ahí? Le pregunté si nos podía poner unos cucuruchos mientras volvía su novio. Nada de eso, me respondió, solo somos amigos. ¡Amigos! Madre mía, que relación tan madura y estupenda, pero qué pasa con los helados, le dije. En fin, todo el mundo se apuntó al helado, en total cinco cucuruchos. Ya iba a preguntarle algo más a la chavala cuando de pronto escuchamos unas voces y nos asomamos a ver qué pasaba. Digamos que me asomé yo, los demás se quedaron dentro, y también se asomó un punki. Uno de los otros punkis (de los otros dos que se quedaron en la puerta y que no habían entrado) le había sacado un cuchillo al otro y andaban a voces en medio de la calle. Le había sacado un cuchillo pero de esos de untar nocilla, no te creas, aquello no daba nada de miedo, pero ahí estaba el tío con su cuchillo mientras el otro punki le gritaba ¿Tú no eres un amigo? ¡Tú eres un gilipollas! Y fue entonces cuando yo miré a mi amigo (al mío, al que se había

quedado dentro) y el me devolvió la misma sonrisa de tantas veces en Amsterdam cuando veíamos algo tan bárbaro que nos descojonábamos allí mismo. Porque, desde luego, que el contraataque del punki amenazado fuera negarle al otro su capacidad para la amistad... Quiero decir, que si un tipo te saca un cuchillo para clavártelo en la boca del estómago, está bastante claro que no quiere ser tu amigo, ¿no? Pues para ellos no debía estar tan claro, porque cuando volvía a meterme en la heladería ahí seguían los dos que si tú no eres mi amigo, que si deja ese cuchillo, que si como que no soy tu amigo con todo lo que yo te he ayudado, y en esto que me giro y de pronto veo a la otra punki con una sonrisa de oreja a oreja tocándose su enorme panza y ¡Vaya! ¡Estaba embarazada! Aquel bulto no era una deformidad ni un andrajo como quizás, inconscientemente, habíamos creído, sino un genuino bombo reluciente como un huevo kinder. Le pregunté que si se encontraba bien, y claro, una estupidez, porque la chica sonreía e incluso, yo diría: lloraba de felicidad, y tocando su vientre, decía "es que, siempre que estos se pelean, me da unas pataditas..." ¡Toma ya! Una punki recién salida de la caverna, con la ropa hecha jirones y las rastas adornadas con tuercas de motocicleta compartiendo sus dulces experiencias de pre mamá con la concurrencia. "Estos en concreto o todos en general", le pregunté. No, estos especialmente. Le pregunté si había alguna razón para ello, me dijo que no lo sabía. Quizás sean los padres, dije, por decir algo. No que va, dijo ella, yo soy la virgen María, a mi me ha jodido toda la humanidad. Eso fue lo que dijo, y siguió comiéndose su helado. Y ahí nos quedamos todos, un poco pasmados con la virgen María y sus pastorcillos punkis hasta que llegó el camello, nos dio lo que nos tenía que dar y nos largamos por ahí. No comentamos demasiado la jugada, pero cuando ya nos fuimos a acostar, por la mañana, me la pasé soñando con la tipa y el hijo de la tipa. Era un bebé salvaje nacido en una cueva del Sacromonte, rodeado de pies negros y caras sucias, con un lumin gas iluminando la gruta y sabes, fue como una puta visión, luego el niño crecía entre todos esos hombres y mujeres increíbles, todos esos héroes, mártires, drogadictos, desechos humanos del monte sagrado y su mirada ardía te lo juro, el niño salvaje andaba sin dolor por un suelo lleno de cristales rotos, soltaba llamaradas desde la profundidad de la cueva, rodeado de sus mugrientos apóstoles, oscuros, peligrosos, como si de un momento a otro fuera a comenzar a pronunciar La Palabra.

Miré a Kimi, que durante todo su relato no había despegado la vista del televisor. Alice in Chains, Soundgarden, Neil Young, The Melvins. Los últimos heroinómanos del rock rompiendo sus guitarras desde el pasado. Hacia mucho que yo no escuchaba esa música, pero todos los temas resucitaban algún recuerdo dormido durante años, borrados ya los lugares y los rostros, solo evocaban una atmósfera

de otro tiempo, una mirada sobre el mundo ya olvidada. Y lo más espeluznante, era exactamente lo mismo me pasaba con Kimi y la historia que acababa de contarme

X

Durante aquellos meses tres noticias llamaron mi atención:

Mary Higgins Clark, astronauta norteamericana de cuarenta y tres años, fue detenida por intento de asesinato tras recorrer mil seiscientos kilómetros en un día para interceptar a la amante de su amante cuando salía del aeropuerto. Los astronautas son pilotos de combate entrenados para alcanzar objetivos de gran precisión con los misiles de sus cazabombarderos. Los misiles son armas de gran poder destructor. Los hombres y mujeres que se hallan en su radio de acción saltan en mil pedazos, se desintegran en una nube rosa, son aplastados por el peso de las infraestructuras, intoxicados con agentes químicos, radioactivos, lisiados de por vida. O milagrosamente se salvan como sucedió con la amante del amante de Mary Higgins Clark.

En el momento de la detención, la astronauta tenía en su poder una pistola de aire comprimido, un cuchillo plegable, un spray de pimienta, un martillo, unos guantes de goma, bolsas de basura y varios tubos de goma de gotero. Cualquiera que conozca el Monkey Island sabe los buenos resultados que pueden lograrse si se combinan correctamente un grupo de dispares objetos sin aparente relación. Cuando la amante se dispusiera a entrar en su vehículo estacionado en el parking del aeropuerto (lugar generalmente desierto), un buen jugador de aventura gráfica la abordaría desde la penumbra con la pistola y la obligaría a conducir a punta de cañón hasta el escenario adecuado, sin quitarse nunca los guantes de goma. Una vez allí, la reduciría con el spray de pimienta y utilizaría el cuchillo para degollarla. Rápidamente le realizaría un torniquete en el cuello con la goma de gotero para evitar un mayor derramamiento de sangre, tras lo cual trataría de introducirla en el maletero del coche, pero éste sería demasiado pequeño (siempre hay un puzzle). Como ya se ha usado el cuchillo (no se vale repetir) rompería sus articulaciones óseas con la ayuda del martillo y la doblaría sobre sí misma hasta formar un bulto del tamaño de una maleta grande. Entonces la empaquetaría en las bolsas de basura, la metería en el maletero y saldría pitando al siguiente escenario (un río de amplio caudal, un gigantesco vertedero). Allí terminaría de descomponerse, hasta desaparecer.

Mary Higgins Clark declaró a la policía que no pretendía asesinar a la amante, sino solo "asustarla".

Que la potencial asesina fuera una astronauta bastó para que la prensa internacional propagara la noticia. Y todo hubiera quedado en digna crónica negra de no ser por un detalle que lo convirtió en el hit cómico del año en los Estados

Unidos. Y es que Mary Higgins Clark, para no tener que detenerse en los mil seiscientos kilómetros que separan Houston de Orlando, utilizó unos pañales que todavía llevaba puestos en el momento de su detención. Gracias a eso se multiplicaron los titulares guasones y los videos caseros colgados en el You Tube, donde podía verse a idiotas disfrazados con pañales y chaquetas naranjas similares a las que utilizan en la NASA, moviéndose como ¿locos? por el espacio (doméstico). Quizás no cayeron estos imitadores en que el asunto de los pañales nada tenía que ver con la locura de Mary, sino con una técnica de combate que enseñan los instructores de las Fuerzas Aéreas. Como los cazas biplaza y los viejos módulos espaciales no tienen cuarto de baño, tripulantes se ven obligados a hacerse sus necesidades encima. Alguien debería decirles a esos cretinos imitadores que cuando el héroe nacional Charles Lindberg aterrizó en París tras completar el primer vuelo trasatlántico en solitario, se lo había hecho encima, no una, sino varias veces. Y que en los hitos de la carrera espacial, Amstrong, Gagarin o John Glenn contemplaron la esfericidad de la tierra con una almohadilla de orines pegada al culo. Así ganaron los ases de la aviación sus Corazones Púrpura; meándose y cagándose encima, permaneciendo sentados sobre sus propios excrementos en las horas cruciales de la Historia.

Según la página Web de la NASA, a Mary Higgins Clark le gusta montar en bici, coleccionar sellos de caucho y los crucigramas. También es miembro de la Asociación Americana de amantes de las violetas africanas. Una productora cinematográfica ya ha comprado los derechos. Pronto habrá película.

Un perrito pequeño desapareció en Barajas. A las ocho y cuarenta y cinco de la mañana del pasado veinte de mayo, Mary Higgins Clark y su esposo Mary Higgins Clark, ambos de nacionalidad británica, se personaban en la comisaría del aeropuerto acompañados de una azafata de tierra para denunciar la desaparición de su mascota, un Jack Russell de pelaje blanco y canela que responde al simpático nombre de "Superman". Según la versión facilitada por los propios afectados, cuando apareció la jaula reglamentaria en la cinta de equipaje, esta se encontraba vacía. Fueron pasajeros del mismo vuelo los que, alertados por los gritos de auxilio del matrimonio, localizaron al personal de la compañía, procediéndose a una infructuosa búsqueda colectiva por las salas de equipajes y alrededores tras lo cual se levantó la denuncia.

Desde primera hora se coordinó un grupo de emergencia formado por fuerzas de la Guardia Civil y trabajadores de Iberia, que a lo largo de la tarde se fue engrosando

con medio centenar de voluntarios de diferentes asociaciones de defensa de los animales, así como un nutrido grupo de particulares que habían visto la noticia en los telediarios y deseaban contribuir. Diez días después de la desaparición ya son más de ochocientas personas las que participan en la búsqueda, entre civiles, trabajadores del aeropuertos y fuerzas de seguridad del estado, y el propio ministro de Interior no descarta que en las próximas horas se una al contingente un regimiento de intervención del ejército de tierra para apoyar la operación. "Este gobierno está dispuesto todo lo que haga falta para recuperar a ese perrito", declaró.

Mientras tanto, el matrimonio Higgins Clark ha declinado todas las ofertas de la compañía aérea y se ha instalado a vivir en una zona wi-fi de la T4. Desde allí llevan a cabo una campaña de denuncia internacional por Internet que ya ha sido secundada por varios líderes del movimiento anti globalización. En las páginas Web de grupos antisistema daneses y alemanes se anima a un desembarco masivo de activistas en Barajas el mismo día en que se ha programado la visita a la zona cero del ministro de exteriores británico y su homólogo español, según informa la BBC. Preguntados por las posibles repercusiones de este encontronazo, los Higgins han dicho que "no es nuestro problema", pues "toda la culpa es de la compañía aérea. Si trataran mejor a sus clientes no pasarían estas cosas". El líder de la oposición, Mariano Rajoy, ya ha pedido la comparecencia del presidente del gobierno en el Parlamento para dar explicaciones por lo que ha calificado de "enésimo descalabro diplomático del partido socialista", que "ha puesto una vez más a España al borde del aislamiento internacional". Rodríguez Zapatero ha declinado en varias ocasiones hacer cualquier declaración al respecto.

Pero de momento hay lugar para la esperanza. Se sabe que Superman no solo está vivo sino que ha aprendido a moverse por en el aeropuerto con sorprendente agilidad. Según el coordinador de las SS (plataforma Salvemos a Superman), el can ha aprendido a orientarse por el entramado de túneles que recorre el subsuelo del aeropuerto, y solo los abandona cuando realiza ataques rápidos a las bolsas de desperdicios de los restaurantes, dificultando así su rescate. Eso ha provocado que los miembros de las SS recurran a métodos cada vez más peregrinos; el último, llevar al aeropuerto a dos hembras Jack Russell en celo con la esperanza de que Superman, al oler sus efluvios hormonales, se decidiera a salir de su escondite. Desgraciadamente las perras también se han escapado sin que todavía hoy nadie haya ofrecido una explicación oficial a semejante negligencia, y los últimos indicios indican que ambas se han unido a Superman en su periplo por las galerías de Barajas. La última persona que los vio juntos fue un piloto de Emirates justo antes de despegar. Según su testimonio, los perros se resguardaban en la vaguada de un

arroyo que corre sobre la cabecera de la pista L33. “No me gustaría equivocarme, pero juraría que estaban haciéndose un trío”, declaró. La Secretaria de Estado del gobierno norteamericano ya ha advertido que de confirmarse la versión del trío convocará con carácter urgente al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

El orbe literario nacional escribe estos días una página gloriosa al confirmarse el lanzamiento inminente del primer invento de Mary Higgins Clark, a quien los críticos ya han calificado como “el primer poeta accidental de la historia”. Muchos esperan que la fabricación del *Magnetoscan 40* – título con el que sale su patente a la venta- suponga el fin honroso de un acalorado debate que en los últimos meses se ha materializado en un aluvión de artículos en medios académicos y especializados, y cuyo tan conocido origen me limitaré solo a resumir brevemente.

El pasado 5 de marzo una confusión en el protocolo de la ceremonia de entrega de Premios a la creación artística y literaria que cada año promueve la Universidad de Granada dio lugar al nacimiento del primer poema accidental de la historia. El acto, presidido por el Rector, el Vicerrector y la Vicerrectora de dicha universidad, consistía en la entrega de cheque y diploma a cada uno de los premiados en las diferentes modalidades del concurso. Alentaban el evento con sus cálidos aplausos un público de familiares, profesores y amigos, así como un grupo de poetas que esos días andaba por la ciudad en unas jornadas de poesía nueva novísima organizadas por la Consejería de Cultura. Estos últimos acudieron de forma espontánea, sin haber sido invitados. Y según las malas lenguas, también con la intención de recabar leña para su periódica diatriba contra corporativismo de todos los jurados literarios del panorama nacional.

Como en años anteriores, la dinámica del evento era la siguiente: la Vicerrectora anunciaba la modalidad del concurso que a continuación se iba a premiar. Mientras el premiado se acercaba al estrado, el Vicerrector decía su nombre y leía un pequeño fragmento o reseña de su obra. Ya en el estrado el premiado estrechaba la mano de las autoridades y era aplaudido mientras volvía a ocupar su asiento entre el público.

La histórica confusión se produjo cuando la Vicerrectora anunció la modalidad de poesía y el Vicerrector, en vez decir el nombre correcto, anunció a Mary Higgins Clark, doctorando de física de fluidos por la Universidad de Granada y legítimo ganador por la modalidad de divulgación científica. Acto seguido el Vicerrector declamó con tono lírico el siguiente fragmento:

*Se presenta un equipo
Para la determinación
De la velocidad de
Sedimentación en sistemas
Constituidos por fluidos con
Alto contenido de
Partículas magnéticas.*

*El dispositivo se basa en
La determinación de la
Inductancia de una bobina
Sensora, en posición variable.*

*La turbidez de estos fluidos
Impide realizar este tipo
De ensayos por medios ópticos.*

El fervor con el que los poetas nuevos novísimos celebraron esta inesperada lectura pronto se contagió al resto del público. "Fue una auténtica ovación", reconoció semanas después Higgins Clark, "jamás he leído un libro de poesía, pero por lo mismo consideré que no era quien para cuestionar la decisión del jurado y por eso me levanté a recoger el premio". Según se supo después, la verdadera premiada se sintió tan avergonzada ante la reacción del público que decidió marcharse directamente de la sala. "En realidad, su trabajo es mucho mejor", ha declarado recientemente.

Mucho deben haberse lamentado los organizadores del evento de no haber corregido *in situ* el equívoco. En vez de eso, se decidió proseguir con la ceremonia y deshacer el malentendido durante el vino de honor, cuando por fin pudieron hablar con Mary Higgins Clark y disculparse por vía telefónica con la verdadera ganadora. Pero para entonces los poetas ya habían volado hacia sus mesas redondas y proclamaban a los cuatro vientos la decisión del jurado como la mayor audacia de la crítica en los últimos años.

Las reiteradas rectificaciones de la Universidad no han hecho sino alimentar aún más los aires de renovación con que un amplio colectivo de escritores, artistas y poetas han acogido a Mari Higgins Clark y su *Magnetoscan 40* (en realidad un aparato de medición de laboratorio). Según Luis García Panero, *Magnetoscan 40* marca un paso adelante en la estética de la recepción contemporánea: "Durante los últimos años se ha popularizado la fórmula mediante la cual instituciones y artistas

presentaban como arte cosas que normalmente no se consideran como tal. A partir de ahora, artistas e instituciones presentarán su negación, y será el propio público quien tendrá que convencerse de lo contrario". Por lo pronto, una compañía japonesa ha anunciado que sacará al mercado diez mil unidades de *Magnetoscan 40* en todo el mundo, una producción lógica para un aparato cuyo uso solo puede interesar a un estrecho grupo de investigadores, pero que amenaza con agotarse el primer día, dada la intención de miles y miles de lectores que pretenden comprar el *Magnetoscan 40* para colocarlo junto al resto de los poemarios de sus estanterías.

XI

La mala suerte existe. Está descrita en la circuitería de una máquina tragaperras. Ronda las décimas de una nota de corte, el momento en que un neumático pierde contacto con la carretera. Un pequeño desajuste y se desbarata un enlace entre transportes que te iba a llevar hasta el otro lado del mundo. La parada cardíaca, la lejanía de un hospital. La mala suerte decanta la vida hacia lo nefasto cuando no tenía por qué ser así. Las cosas pasan.

Estoy leyendo en la terraza cuando Mariló grita por primera vez. ¿Qué pasa? Está sentada en el suelo de su estudio, con un discman entre las manos del que sale un líquido aceitoso.

- No sé, he ido a cambiar las pilas y mira lo que me he encontrado.
- Estas cosas pasan. ¿No lo sabías? Debiste cambiarlas hace tiempo.
- Las cambié la semana pasada.
- Entonces estarían caducadas.
- No. Me fijé.

Probamos con el cacharro, ya no funciona. Tampoco con el cargador.

- Está claro que se me ha jodido- dice Mariló- bueno, ya sabes que me puedes regalar para mi cumpleaños.

Vuelvo a mi terraza. Desde el fondo de la casa llega el leve tintineo de un estudio de Satie. Al poco viene Mariló.

- Creo que voy a suicidarme.

Vamos al cuarto del piano. Mariló levanta la tapa.

- Mira, las teclas no vuelven a su sitio.

Es cierto. Los martillos se quedan en vilo, no vuelven a su sitio.

- Debe ser el calor. Hoy hace mucho calor.
- No más que ayer. Me fijé.

Otra vez en la terraza. Oigo el tercer grito de Mariló.

- ¡¡Joder!!
- ¿Qué pasa?- grito.
- ¡Se me acaba de caer un jodido cuadro en la cabeza!

Muchas veces, para justificar nuestra falta de previsión o inteligencia, nos decimos con amabilidad que hemos tenido mala suerte. Y otras veces (las menos, poquísimas), se dan casos verdaderos. Algo externo a ti (un cuadro) que no puedes controlar (se desprende) y te golpea sin previo aviso (en la cabeza).

A las cinco de la tarde, salgo de casa hacia el video club. Queda de camino una librería donde el otro día Mariló vio una agenda de Betti Boop que le gustaba

mucho. Será un bonito regalo para este día aciago, pienso. Pero cuando llego a la librería la trapa está cerrada. Los escaparates vacíos. Un kioskero fuma un cigarrillo a la puerta de su establecimiento.

- Han tenido que cerrar. Reventaron las tuberías del piso de arriba y se inundó el local. La mitad de los libros, a la mierda.

Vuelta a casa imagino miles de libros flotando en un estanque de agua sucia. La mierda se disuelve en la grandeza del océano, o se desintegra sin dejar ni rastro. No hay lugar para la mierda, pues mierda es en cuanto a que se descompone y desaparece. Pero cuando algo se va a la mierda, no desaparece, sino que trasciende a un estadio donde se descompone a perpetuidad, sin eliminarse nunca por completo. Quien se va a la mierda no vuelve, pero se queda; es una estancia de no retorno. Como lugar, es el purgatorio.

Sin duda esos pobres libros, como objetos carentes de voluntad, estaban a merced de los acontecimientos. No pudieron prever la inundación, ni apartarse de ella. No pudieron elegir la librería donde fueron a parar, como Mariló no pudo anticiparse a la caída del cuadro. Mala suerte fue estar en la trayectoria del cuadro justo en el momento en que este se desprendió de la pared, alquilar esa casa, que la casera colgara ese cuadro, que su madre se lo regalara, su manufacturación, la necesidad de que los cuadros existan, el sentido humano de la belleza, y así hasta el origen de los tiempos. No hay libre albedrío; la voluntad solo es el nodo más complejo de las predecibles leyes del universo.

Cuando llego a casa, me encuentro a Mariló en el suelo. Al parecer, una pieza del parquet se ha desprendido bajo la presión de su zapatilla.

- Joder, joder- gime Mariló- me he raspado la rodilla.

A las siete menos cuarto, oigo el quinto grito de Mariló. Un Pilot rojo se desangra entre sus manos. Ambos miramos la mancha roja en el folio, que sigue creciendo.

A las ocho y media una inesperada nube tormentosa oculta el sol. Mariló trata de encender su lámpara pero no funciona. Baja al supermercado, prueba una nueva bombilla. Nada.

A las nueve y diez un mosquito penetra en la boca de Mariló y se queda adherido a las paredes de su garganta. Después de diez minutos de enjuagues, el mosquito continua en el mismo sitio. Una leve brisa que entra por la ventana desbarata una tela de araña y la proyecta contra su cara.

A las diez llama la mejor amiga de Mariló. Este verano iban a viajar juntas a la Toscana, pero su padre acaba de tener un accidente con una radial. Tendrá que sustituirle, se anula la reserva.

- Dios mío, Mariló- le digo- creo que te estás yendo a la mierda.

Son los propios objetos los que se rebelan. Los objetos y su estado incognoscible. Los materiales no deciden, pero sí se rinden, y mueren. La materia se rinde en torno a Mariló. No hay explicación posible: es metafísica.

A las diez y cuarenta y cinco decidimos que Mariló deje de hacer. Le presto mi nuevo libro. La mitad de las páginas están en blanco. Algunas, al revés.

- Creo que Dios ha vuelto a mi vida- reconoce Mariló.

Penetramos en el orden divino. Pensamos "Si hay un Dios, ¿cómo permite que esto suceda?" Y ahí, más que nunca, la necesidad de un Dios, porque la mala suerte sin más nos aturde y nos repugna como nos aturde y nos repugna la idea de infinito. La mala suerte niega la posibilidad de un proyecto, de una finalidad. Nos vuelve tan esclavos de nuestro destino como un libro a la deriva.

Son las once y media. Mariló se ha sentado en la terraza, muy quieta, en el punto intermedio entre Dios y la ciencia. Ahora solo depende de su propio cuerpo; que el sistema de válvulas siga haciendo su trabajo. Respira muy poco, no pronuncia una sola palabra. Finalmente dice:

- Conozcamos la leyenda de Job.

Y recita:

- Desnudo salí del vientre de mi madre,
y desnudo volveré allí.
El Señor me lo dio y el Señor me lo quitó:
¡bendito sea el nombre del Señor!.

- ¡Bendito sea!- repito.

Es una noche estrellada. Nos agarramos de la mano, nos desnudamos. Somos primitivos. No conocemos la explicación. Nada es previsible. Todo responde a la gracia o la fatalidad divina. Rezamos.

El Altísimo debió escuchar nuestras plegarias. A la mañana siguiente, Dios ha vuelto a dejar de existir.

XII

En una playa desierta, dos amantes pasean de la mano bajo las perladas luces del atardecer. En la parte inferior del cuadro, una cursiva escrita con letra de damisela reza lo que sigue:

El deleite de los días felices.

Se rizan y caracolean los extremos de las letras, son vuelos de colibrí engarzados con delicadas caricias del pincel. El mar calmo se confunde con la tierra, incendiados ambos en los malvas y rosáceos que auguran a los amantes un destino esculpido en nácar. El cuadro fue detectado en el rincón de un vetusto salón de estudiantes donde celebrábamos una fiesta. Alguien preguntó por qué lo habían descolgado de la pared. La pintura era tan horripilante que no hacía falta explicación, pero el dueño del piso, muy serio, respondió: "no podía soportar tanta eternidad".

Habíamos acabado las clases y ya solo faltaban un par de exámenes para que Mariló y yo volviéramos al interior del país a pasar las vacaciones. Mientras tanto vivíamos metidos en casa, estudiando sin ganas o abandonados a lánguidas pausas contemplativas, mecidos por los aires de quietud que se colaban por la ventana. El piso, su terraza, nos asomaba a los tejados desiertos. Por las noches podías ver ascender sobre ellos los cohetes de verbena de algún pueblo alejado, que explotaban y se agotaban en silencio.

En las calles los viandantes también había perdido determinación y tendían a deambular sin destino concreto, decantándose en las terrazas y en los parques, que al atardecer se llenaban de estudiantes y los vagabundos recién llegados de sus refugios de invierno, y también de gente oficiosa que olvidaba sus quehaceres bajo la sombra de un árbol. La ciudad terminaba. No sé como explicarlo. Y nosotros también. El tiempo fluía sin precipitarse, y no existía el aburrimiento, solo un tibio placer en ver pasar las horas. No hablaré más de horizontes malvas y rosáceos, ni del *deleite de los días felices*. Pero algo de eso había.

En una de esas interminables pausas organizamos una cena a la que invitamos a varias personas. En total, seis comensales, sentados en torno a una tabla con borriquetas que improvisamos en la terraza. La débil luz del farol teñía de naranja sus rostros, apenas visibles entre las sombras. Cada cual había traído un plato de su casa, la receta que tras años de repeticiones habían ido perfeccionando. Lo primero fue una tempura de calabaza, berenjena, calabacines y gambones, que pringamos a placer en confitura de melón. El plato causó sensación y se oían las lenguas chasquear al otro lado de la mesa. Comíamos lento, hablábamos poco. De

vez en cuando, alguien se inclinaba y tomaba un canapé de paté de olivas, o rellenaba las copas de Albariño. Tras los melocotones rellenos de ensaladilla, vinieron los canapés de cebolla caramelizada con pimientos del piquillo y queso brie, luego la fuente de langostinos. Los comensales trabajaban de forma precisa y ordenada, concentrados tan solo en degustar el siguiente bocado. Nadie hablaba, pero a veces se cruzaban las miradas y las bocas rebosantes dibujaban algo parecido a una sonrisa. Con el paladar lleno de jugosos alimentos, las salsas y el vino brillantando las comisuras de los labios, la lengua tan ocupada en deglutir y salivar, solo había tiempo para concentrarse en lo que ocurría en el interior de nuestras bocas. Pinchos morunos de atún marinado con jengibre y soja. Tarta de queso. Rocas de chocolate. Nadie hablaba, pero nuestros ojos a veces se encontraban. Era un placer compartido, el de cada uno.

Con la última fuente vacía, llegó la hora del alcohol y los cigarrillos, y los comensales comenzaron a parlotear y reírse, tan despreocupados como cualquier otra panda de mamíferos tras devorar un cadáver. Me sorprendió la plenitud de ese momento, quizás irrepetible. Ahora que las ocupaciones habían desaparecido, justo antes de que esa bola volviera a acelerarse en el descenso, los comensales flotaban en el punto donde todas las fuerzas se neutralizaban. Sus rostros chispeaban a la luz del farol; parecían máscaras tras mis párpados húmedos por la risa, y crecían por momentos, cada vez más grandes y naranjas. Había algo desmedido en esa felicidad, que rebasaba los límites de la terraza y se abría paso por la silenciosa noche de los tejados. La sentí girando y acelerándose en círculos concéntricos, creando un instante que no existe, un vacío en el que me vi suspendido, cuando de pronto acudió a mí el recuerdo de algo que presencié días anteriores.

A lo lejos, desde mi terraza, había visto un punto en la lejanía ascendiendo por el cielo. En un momento dado (eso era lo extraño) de ese punto se desprendió una mancha minúscula que caía a toda velocidad hasta que de forma brusca se volvió liviana como una pluma y descendió lentamente, variando su rumbo a merced de los vientos. Al verlo sentí por primera vez el impulso de lanzarme terraza abajo, pero entonces no me di cuenta o no supe interpretar mis emociones. Ahora lo volvía a sentir, y lo entendía por primera vez.

Las comidas abundantes dan lugar a grandes siestas, en las que sueño y realidad se entremezclan. Así lo disponemos; dejamos las persianas y las ventanas entreabiertas, por donde se cuele la luz y nos acompaña el sonido de los que siguen despiertos. Si no, nos encerraríamos a cal y canto, nos pondríamos el pijama y nos enterraríamos bajo las sábanas. Pero en vez de eso tratamos de mantener un pie en ambos lados y es en ese centro donde transcurren experiencias inclasificables.

Uno puede estar tumbado en la penumbra y mover la cabeza simplemente para cerciorarse de algo cotidiano como, por ejemplo, la presencia de Mariló tumbada al otro lado de la cama, y a la vez darse cuenta de que en verdad no ha movido la cabeza, que su cabeza se ha mantenido inmóvil pero ha soñado que lo hacía. Uno se despierta y por un instante la dama sigue ahí, la misma dama de blanco con el traje nupcial manchado de sangre pegajosa. Uno incluso sigue acompañado de la dama ya en pie, de camino a la cocina, y solo entonces se desbarata el hechizo y uno se sienta en el sofá y se fuma un cigarrillo, atónito ante la inconsistencia de todo lo que le rodea.

Después de aquella noche volví a sentir el deseo de lanzarme por la ventana. Sentí el impulso de saltar limpiamente al otro lado, de sumergirme en el vacío. Era una visión instantánea que me asaltaba por sorpresa y duraba un instante; no evocaba ni imaginaba nada. Como cuando alguien te lanza una pelota, el cuerpo, antes de entrar en acción, se predispone a hacerlo. No es un pensamiento; es menos que eso; si acaso hay pensamiento es un residuo de la actividad nerviosa que ordena el movimiento. Y eso era lo que yo sentía, cada tanto tiempo, un latigazo instintivo que me enviaba al vacío, aunque luego, la segunda parte, la acción, no llegaba a suceder, se reprimía justo en el último instante, como quien se muerde la lengua cuando va a soltar un comentario inapropiado. Solo un segundo antes de emitir las palabras algo hace saltar las alarmas y se paraliza la acción.

Durante esos días me levantaba pronto por las mañanas y siempre iba descalzo. Nadie cerraba por la noche las ventanas, y el aire entraba y salía a su antojo; la casa ya no tenía ni puertas ni cristales, era constantemente atravesada por insectos y copos de polen que flotaban lentamente por el pasillo. La casa, a la intemperie y desprotegida, cedía sus defensas ante el clima benigno. Las campanas sonaban a lo lejos, se oía un petardo. Docenas de golondrinas daban vueltas y vueltas sobre los tejados. No había nadie, el mundo se había vaciado. Quedaba solo esa sensación de lánguido bienestar, como si fuéramos a morirnos en cualquier momento, dormidos en una cama sin sábanas, las ventanas abiertas. A lo lejos, desde la terraza, se veía un punto negro ascender en el horizonte azul. Justo cuando llegaba a lo más alto, un punto más pequeño se desprendía y caía a toda velocidad, hasta que de pronto se volvía liviano y comenzaba a descender como una hoja mecida por el viento.

Ahora que nadie cerraba las ventanas los vecinos nos íbamos conociendo, y compartíamos muchas horas sin vernos las caras, escuchando –no había más remedio– la vida de los otros. Los programas de la lavadora de la del segundo, los progresos al piano del chaval del tercero, los horrendos gustos musicales de la del

cuarto, yo en el quinto, el último de todos. Quizás en el momento de la caída, alguien estuviera mirando por la ventana, a lo mejor recogiendo la ropa tendida. Otros, como el chaval del piano, verían una sombra inusual recorrer fugazmente el blanco de su partitura. Luego todos se asomarían al patio y por fin nos veríamos las caras. Me preguntaba cuánto tiempo puede soportarse la eternidad. Algún día nada detendrá el salto del punto negro. El paracaidista surcaría de arriba abajo el horizonte hasta deshacerse en el final el cielo. Podía imaginar la caída y el golpe, y sin duda me paralizaba la conciencia de la muerte, pero mi fantasía solo consistía en la animosidad de vencerme al otro lado. No había nada trágico ni trascendente en mi deseo de lanzarme al vacío. Quizás ese sea el secreto de los verdaderos suicidas: la despreocupación.

Son días plácidos, días felices. La brisa nunca se detiene.